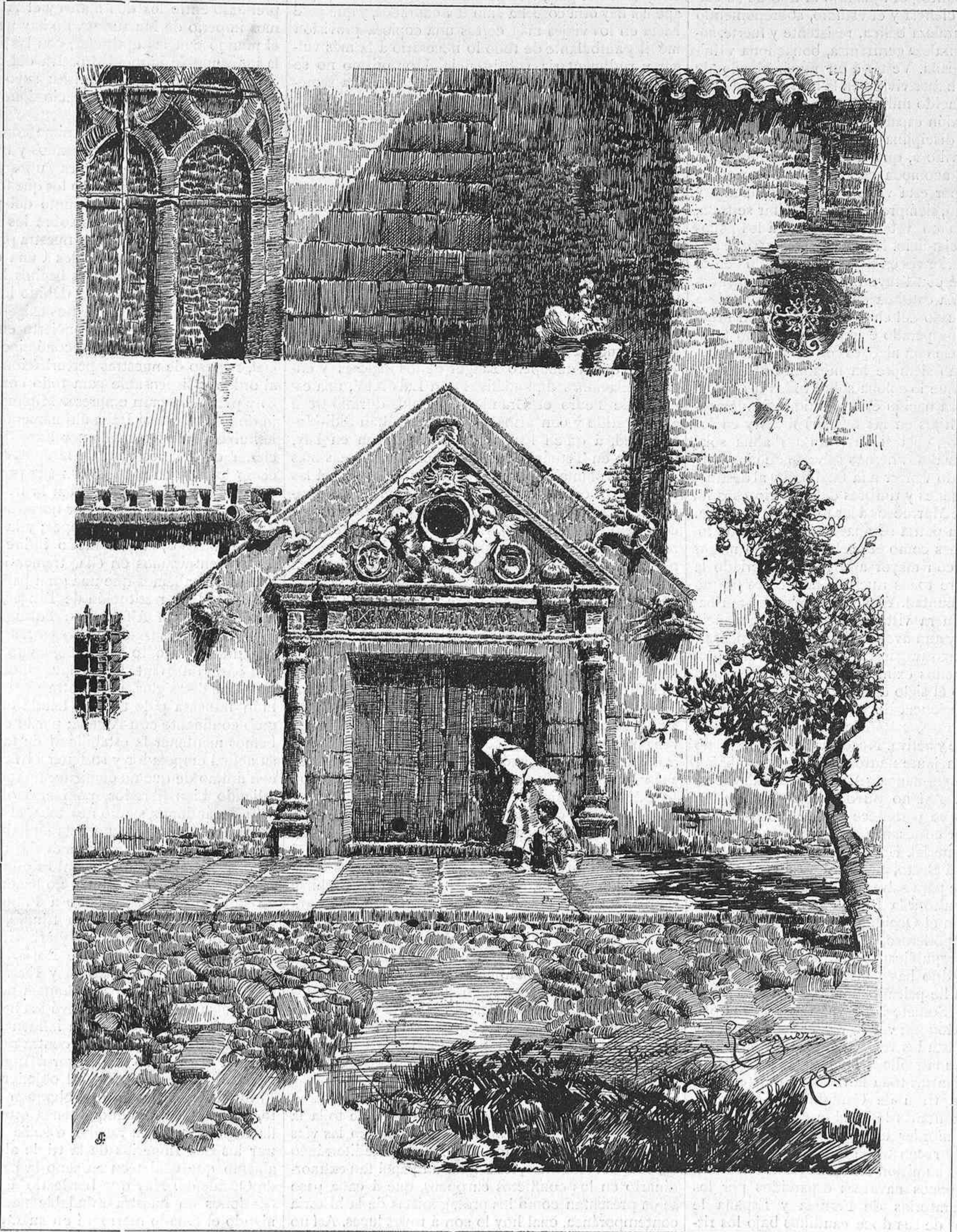


La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 13 DE NOVIEMBRE DE 1893

NÚM. 620



PUERTA EN EL PATIO DE LOS NARANJOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA,
dibujo á la pluma de Manuel García Rodríguez

Sumario. — TEXTO. — Murmuraciones europeas. — Orillas del Deva. — La tierra de los gitanos. — Miscelánea. — Nuestros grabados. — La Pola (novela). — Sección científica. GRABADOS. — Puerta en el patio de los Naranjos. Sevilla. — Grito de guerra. — Gitanos. — Marcha al través del desierto. — Monumento erigido en Trenton. — Máquina de vapor doméstica. — Un recluta por fuerza.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Aunque adrede apartáramos los ojos de Africa para convertirlos á cualquier otro punto ú objeto, no podríamos, por el imperio que con sus fascinaciones hoy ejerce sobre nosotros esta parte del mundo. Ya se ve: tenemos allí empeñado en lucha desigual y terrible lo mejor de nuestra sangre y vida, el ejército español, tan audaz en sus acometidas como sufrido en sus resistencias, valeroso hasta la temeridad en el arranque y en el empuje, resignado hasta el martirio en todos los trabajos y en todas las adversidades. No conozco marcialidad como la nuestra en gente ninguna. Cuando topáis en vuestros viajes con un soldado alemán, veis en seguida cuanto por ajustarlo al tipo de su clase han hecho la ciencia y el estudio, sobreponiendo una segunda naturaleza bélica, resistente y fuerte, sobre su propia naturaleza germánica, bonachona y dulce. No así en España. Vestís á un muchachuelo de soldado y parece haber vivido en la milicia desde sus primeros días y nacido militar hecho y derecho. Esta indómita compleción española, de un individualismo tan ajeno á toda disciplina y obediencia, posee flexibilidad tan maravillosa, que á la menor imposición de conciencia se acomoda con lo pedido por el deber, trocándose por esta virtud suya sin esfuerzo y con espontaneidad, siempre que de lo militar se trata, el imberbe recluta en veterano perfecto á los pocos días de cuartel y ejercicio. No necesitábamos que nos instruyera la experiencia en aquello contenido dentro de nosotros y que constituye nuestro moral patrimonio; pero si la pena causada en todo ánimo patriota por este adverso caso del choque tremendo en Melilla, choque tan inesperado é importuno como terrible, puede mitigarse con algo, es con la consideración de que ahora como siempre ha mostrado el ejército su antiguo valor, que lo coloca sobre todos los ejércitos del mundo, y la nación esta identidad fundamental de todos sus hijos en las mismas ideas y en los mismos propósitos, cual si tuvieran un alma sola; identidad por la cual nos hemos salvado de cien conflictos y conseguido vencer á la fatalidad y al destino, grabando los blasones y timbres del imperio español de los arenales de Marruecos á las maniguas de Cuba.

Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más enérgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja en mucho al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores alemanes que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose de la gran deficiencia de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco volente y activa. Nosotros los españoles no caeremos en semejante neurosis que Schopenhauer lamentaba en los germanos. ¡Ah! Nosotros aborrecemos y amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanías de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto al estoico Catón en trance de matarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del dictador todopoderoso, los republicanos andaluces, los últimos republicanos, diéronle tal susto en sus campos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Marco Tulio á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas le impide cerrar el templo de Jano y hace morder el polvo á las legiones de Agripa. Levanta y reconstruye Carlomagno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los sultanes hasta los papas, y España disipa tal encanto en Pavía. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún

monarca se atrevió á cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquél un primer golpe que precedió y anunció el golpe último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderón aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Si pudiera dudarse, ahí está el descubrimiento y apropiación de América.

La actual campaña de Africa ofrecerá, por la conformación del suelo y por la índole del pueblo, allí, dificultades infinitas. Comenzad por que aparece cosa del todo imposible vivir, como suelen hacer los ejércitos sobre el país, ríscoso de suyo y estéril, en que apenas hay otra cosecha sino los chumbos, y que pide hasta en los viajes más cortos una copiosa provisión móvil y ambulante de todo lo necesario á la más vulgar y rudimentaria subsistencia. Hoy mismo no se puede ir de Argel á Fez sino con una escolta semejante á un ejército, aunque sólo se bordea el Rif, impenetrable casi á los viajeros. Pero ¿qué digo á los viajeros? El mismo emperador de Fez y las mismas tropas regulares ó moros de Rey, cual se llaman en la lengua nuestra, no pueden someter aquellas rebeldes tribus ó kabilas que componen verdaderas compañías guerreras casi nómadas y del todo insumisas, las cuales meten á sus pequeñuelos y mujeres en madrigueras semejantes á las del topo y se meten ellos en cavernas semejantes á las del tigre. Así un emperador de Marruecos tiene que pasar la vida combatiendo con aquellos mismos á quienes llama vasallos, y conquistando por el hierro y el fuego, por el combate perpetuo y el exterminio radical, las mismas tierras que ha recibido en herencia. El emperador Ismael, quien recuperó Tánger de los ingleses y entabló relaciones diplomáticas con Luis XIV, una especie de Pedro el Grande marroquí, durmió trece años vestido y con armas. El último sultán Sidi-Mohammed, á quien los franceses vencieron en Isly, nosotros en Tetuán, debió tales sendas derrotas más que á la voluntad é iniciativa de los cristianos, á las resistencias é indocilidades é insumisión de sus gentes. Nunca se han posesionado los emperadores por completo del berberisco. Cada villorrio de éstos aparece como un atrincheramiento y cada hogar de sus respectivos jefes como una fortaleza. Tienen presteza y nerviosidad de gamos, furor y crueldades de tigres. Las gúrnias y los rifles hállanse tan apegados á ellos como á los leones sus garras y como á los jabalíes sus colmillos. Se parecen menos al tigre que los árabes, por más francos; pero entre todas las tribus guerreras del planeta no se conoce ninguna tan irascible. Al ladrón le cortan la mano derecha y el pie izquierdo si el robo es de poca consideración, y le traspasan los ojos con un hierro candente si es considerable. La venganza y el desquite personales con todos los horrores de la ley del Talión reinan allí sin restricciones y sin límites. Todo jefe de tribu presenta el cuerpo acibillado de cicatrices por haberle malherido en cien ocasiones diversas el filo de la gúrnica esgrimida y la bala del rifle disparada por aquellos mismos que le aclamaban y le siguieron en mil combates. Por el agua se derrama en aquellos riscos y desiertos bereberes tanta sangre que podrían llenarse y henchirse las disputadas cisternas. ¡Cuán avizores los ojos para columbrar el enemigo lejano; cuán abiertos los oídos para percibir cualquier hostil rumor; cuán husmeadoras las narices de todo rostro adverso conocido por el olfateo con la infalibilidad del instinto! Cuando disparan los capitanes de aquellas compañías los dos tiros litúrgicos, equivalentes al toque de rebato nuestro, aunque se hallen solos, congregan en seguida tanto número de soldados, idos al usual y antiguo llamamiento, que parecen habitadas las entrañas del subsuelo y resucitados los muertos.

Pero ¡ah! la vecindad de tales gentes al Estrecho gaditano, quizás el sitio más importante de toda la tierra, por abrir á los pueblos del Atlántico las vías del Mediterráneo y á los pueblos del Mediterráneo las vías del Atlántico, les asigna un papel tan extraordinario en los conflictos europeos, que á cada paso se os presentan como los protagonistas de la historia contemporánea, cual hoy lo son á todas luces. Así no hay cuestión alguna en Europa, ni la cuestión de Oriente, que alcance la gravedad inmensa del problema berberisco, la cuestión de Occidente. Inmóviles en su tradicional barbarie; refractarios á los progresos industriales y científicos; resueltos á que la vida

culta en ellos no penetre, ni los despierte la máquina de vapor con sus silbidos, ni los ilumine y esclarezca el reflector eléctrico que convierte las centellas homicidas, el relámpago y el trueno, en benéficos rayos de luz vivificante, podrían, si los dejásemos de la mano, volver á los tiempos de nuestras madres, á los tiempos de nuestra infancia, cuando no podían arriesgarse las mozas y los mozos levantinos por las playas de su encantado mar azul, temerosos de que surgiera en sus carabos el pirata y los llevase á las mazmorras y á los harenos del más deshonroso y rudo cautiverio. Dejar la guarda del hercúleo canal y del extremo de nuestros viejos continentes y del espacio comprendido entre la boca del Moluya y la boca del Mediterráneo y del camino hacia las dos Américas en manos tan audaces y aviesas como las marroquíes, ¡ay! tiene inconvenientes tales, que nos obliga y constriñe al cumplimiento de una finalidad tan humanitaria como refrenar los crueles instintos de semejantes fieras y someterlos por fuerza y por necesidad al yugo de la civilización y sumergirlos en el movimiento de todos los progresos. Y para ilustrar el espacio comprendido entre los dos mares y el Atlas, que llamamos imperio de Marruecos, no hay nación alguna en el mundo con las aptitudes, con las cualidades, con la indisputable idoneidad nativa del pueblo español, destinado á ello por el espíritu suyo, por el tiempo en que ha vivido, por el espacio donde se dilata, por Dios y su Providencia.

Así, pues, ya que un unánime consentimiento de todos los pueblos desinteresados y una herencia de glorias y recuerdos inmortales y unos decretos tan categóricos é imperiosos como los que formulan la Geografía y la Historia en el asunto del predominio natural de los pueblos cultos sobre los pueblos atrasados, deciernan Marruecos á nuestra protección, debemos estar todos los españoles á una convenidos por tácito pacto en no forzar los hechos hasta encontrarlos plenamente seguros del debido logro de nuestras seculares aspiraciones, que nos exigen robustez en el cuerpo, suma de fuerzas, concierto en hacienda y en administración, desahogo económico, disciplina social, regreso de nuestras perturbaciones tradicionales al orden indispensable para todo continuado esfuerzo y para toda gran empresa. Mirémos en el espejo de lo acaecido á Italia últimamente. Quizás Túnez le hubiera sido reservado por Europa, si no se impacienta en el deseo vivo de la consecución del codiciado logro y no sacude con sus propias manos un árbol del cual no debía probar la fruta. El problema de Marruecos, planteado por nosotros á deshora, puede producir la guerra europea; y la guerra europea puede traernos, si por modo indirecto y como de soslayo entráramos en ella, tremendas responsabilidades. Ya sabemos que una gran parte de la opinión inglesa pide la restitución de Tánger, adquirida para la península por Alfonso de Portugal el Africano y regalada por los traidores Braganzas á los Estuardos restaurados en odio á España, como si fuera todavía una parte integrante de Inglaterra, cuando la perdieron hace dos siglos, y que otra gran parte de la opinión francesa pide toda la banda oriental del Magreb confinante con Argelia; por lo cual nosotros debemos mantener la estabilidad de tal territorio bajo su actual emperador y sostener el fiel en la balanza con ánimo de que no comience un reparto, en el cual, saliendo bien librados, podíamos obtener una porción, tocándonos, como nos toca, el todo, que alcanzaremos con un poco no más de habilidad, espera y paciencia. Interésanos después de haber desconcertado á Bismarck en el asunto de las Carolinas con tanto acierto como fortuna, no hacer ahora el juego de Bismarck, indisponiendo á Francia con Inglaterra, para que, triunfe quien triunfe, quede todo el continente, bien á merced y arbitrio de Alemania, bien á merced y arbitrio de Rusia. Bismarck sueña con indisponer á Inglaterra y Francia por Tánger, cual indispuso á Italia y Francia por Túnez. Y así como cuando tuvo poder llevó los hechos por ese camino, ahora que sólo tiene influencia lleva por ese camino las indicaciones. Y contra nuestros intereses designa el objetivo de Tánger á Inglaterra, y contra nuestros intereses designa el objetivo de Touat y de Fidjid á Francia, para que choquen allí con estrépito, y dado ya este choque tenga que arrastrar á Italia Inglaterra en su auxilio, é Italia tenga que arrastrar los dos Imperios de la triple alianza. He ahí el abismo que oculta en su seno la pavorosa cuestión de Occidente. Hay que bordearlo á toda prisa, quedándonos en nuestra saludable neutralidad y reteniendo el Estado marroquí en su *statu quo* habitual. Castiguemos con un gran escarmiento á los moros del Rif, escarmiento tan rápido como ejemplar, y volvamos, después de satisfechos, al hogar donde nos llaman el culto á nuestra joven libertad y el cuidado de nuestra convaleciente Hacienda. Así sea. — E. C.



GRITO DE GUERRA, dibujo de R. Caton Woodville

ORILLAS DEL DEVA

CARTAS Á LA SEÑORITA DOÑA EMMA DE MADRAZO

I

Fres del Val, 3 de septiembre de 1893.

¿Lo recuerda usted, mi gentil amiga, *ma gento damo*, como dicen los trovadores provenzales? ¿Recuerda usted aquellas excursiones, tan deliciosas, y para mí tan inolvidables, por las cercanías de la solitaria Alzola? ¿Recuerda usted, sobre todo, la última, la que realizamos hace apenas cuatro días?

Por mi parte, declaro que no puedo, ni debo, olvidar el encanto de los días que juntos hemos pasado en Alzola, con esos excelentes compañeros y esa sociedad selecta congregada cada tarde á la sombra del suntuoso platanar, que tan gallardamente se eleva ante las puertas del balneario. No puedo tampoco, ni quiero, olvidar nuestras excursiones á la pintoresca Elgóibar, á Plasencia y su magnífica fábrica de armas, á Eibar glorificada por su opulenta industria, á Motrico, la patria del inmortal Churruca, á Marquina con la solemne y misteriosa Salve cantada por sus monjes de rozagantes capas blancas, y á todos esos otros lugares deliciosos, que tanto hubieron de impresionarme y tan halagadores recuerdos me dejaron.

La verdad es, amiga mía, que siento añoranza de ellos... y también de usted. Precisamente, por serme tan gratos, son de mí más añorados. Y permítame que se lo diga con este vocablo catalán tan determinadamente explícito y tan propio, del que hacen uso provechoso Emilio Castelar y Marcelino Menéndez Pelayo, sin embargo de no ser admitido aún por la Academia, y que su esclarecido padre de usted, nuestro sabio compañero de ella, nos ayudará de seguro á recibir y á fijar algún día en el Diccionario de la lengua.

Y al llegar aquí, pues que acabo de citar á su señor padre, no debo pasar adelante sin consagrarle un recuerdo. Hemos hablado de él repetidas veces, y usted sabe por consiguiente hasta qué punto le estimo y respeto, como á todos los Madrazo, que es una verdadera dinastía de príncipes del arte y de la ciencia. Desaparecieron ya los hombres de la *Vieille Garde*, como decía Napoleón en uno de sus más supremos instantes de prueba. Quedan ya muy pocos. Por fortuna Pedro Madrazo es uno de éstos. En tiempos que hoy son verdaderamente prehistóricos, más que por lo lejanos por lo olvidados, contribuyó al renacimiento literario, científico y político de nuestra España querida, junto con aquella hueste y aquellos hombres de fe, de virtud, de ideal y de patriotismo, á quienes tanto parecen desdeñar hoy muchos que sin ellos no hubieran existido. No soy yo de éstos. Nunca comulgué con la ingratitud y la injusticia. Por esto consagro siempre en mis pobres escritos un tributo de honor á los que fueron, y hoy, en la personalidad ilustre de su padre de usted, un saludo de respeto á los que son.

Y dicho ya esto, vuelvo á mi punto de partida. Decía, ó iba á decir, que vine aquí, á estas tierras de la noble Burgos, y á las ruinas de Fres del Val, donde me hospedo, en compañía de todos aquellos recuerdos de Alzola y con la añoranza de ellos. Y como considero que uno de mis primeros deberes es el de escribir á usted, así lo cumplo, ante todo, al llegar á mi primer sitio de descanso, fechando mi carta en este monumental claustro del siglo xv, que me recuerda el de Poblet, y que su actual propietaria, nuestra excelente amiga la marquesa de Villanueva y Geltrú, está inclinada á restaurar y mantener por hidalgo empeño de patriotismo y para timbre y honor del arte y de la historia.

Escribiendo á usted, amiga mía, se me imagina que prosigo conversaciones interrumpidas con la gentil dama, que á los atractivos de sus gracias y bondades de su corazón une las altezas del alma y los vuelos del ingenio, amable compañera de nuestras excursiones y centro y vida de aquellos corros que al comienzo de cada tarde se forman en el platanar de Alzola, donde, precisamente á esta hora en que pongo estas líneas, se departe tan agradablemente, con tanto derroche de ingenio y tanto primor de discreto.

Así, pues, *ma gento damo*, y siguiendo nuestras interrumpidas conversaciones, recuerda usted nuestra excursión de hace cuatro días?

Ibamos costeano las orillas del peñascoso Deva, de ese río que en lugar de recibir su nombre al nacer, lo recibe al morir, como sucede precisamente á los inmortales. ¡Qué orillas más deliciosas, ¿verdad? A cada paso, bosquecillos de olorosos manzanos con sus copas cuajadas de rubicundas ó amarilleadas pomos; á cada revuelta, casitas, chozas, ermitas ó caseríos, que parecen tener algo de invencible por lo que tienen de ocultos y perdidos en aquellas profun-

didades de castañares y robledales de inculta espesura; y siempre, á cada momento, profusamente tendidos por todo lo largo del camino, hermosos grupos, ó mejor tupidos macizos de helechos, que parecen puestos adrede para saludar al viajero con sus bordadas y columpiantes ramas, á manera de penacho de sueltas y onduladoras plumas.

Ya recordará usted como, al terminar nuestro almuerzo en Alzola, decidimos de repente irnos á la cercana villa de Deva, para asistir al espectáculo de la marea viva, la pleamar, que según opinión de gente entendida, debía ocurrir á las cuatro de la tarde de aquel mismo día, 29 de agosto. Salimos de Alzola en animada caravana y en ligeras cestas, todas con su entoldado zarzo, por aquella hermosa carretera donde se va como por un paseo, gracias á recibir especial y constante cuidado; con lo cual ni su firme se quiebra, ni sus guijos se hacen polvo, ni su polvo barros. Así son generalmente, según pude observar, todas esas provincias vascas. Forman verdadero contraste con las otras carreteras de las demás provincias, singularmente de la mía, señaladas por su descuido, é impracticables por su polvo, sus barros y sus baches.

Al llegar á Deva, de quien toma nombre el río al morir en los brazos de la mar, asistimos á un grandioso espectáculo. El río, ó quizá, para decirlo con más propiedad, la ría, estaba imponente y soberbia. El agua llegaba ya á su mayor altura, cubriendo casi los ojos del puente que une las dos orillas. Aquel entonces opulento Deva, que pocas horas antes era sólo un arroyo, cuyo cauce, más que lecho del agua, parecía serlo de una cantera por el gran número de peñas que en él se aglomeran y atumultúan; aquel antes mísero Deva se nos presentaba á la sazón lleno de agua de borde á borde, de mar á mar, como con orientalista frase dicen los del país, solapando todo lo que enseña los demás días, sin asomar ni el borde de un canto, y pareciendo, al contrario, que todas aquellas peñas amontonadas en su fondo se habían trocado por arte de magia en ligeras y flotantes barquichuelas que surcaban su límpida planicie.

Cortando las rizadas aguas, en que llegaban á notarse los vuelcos del oleaje, se veían barcas, esquifes y góndolas, entre ellas la llamada *Amparo*, de nuestros buenos amigos los marqueses de Valmar, con sus arreos, dorados y molduras de góndola veneciana, todas empavesadas con banderolas ó estandartes, gallardetes ó señeras, y en todas ellas hermosas muchachas con elegantes trajes de frescos y vivos colores, bateras improvisadas, que con el arresto de la mocedad y la codicia del placer, volaban de una en otra orilla, juguetonas, arriscadas, indiferentes al peligro y atentas solamente al goce.

La carretera que cruzamos sigue las ondulaciones del río, y á su vez las ondulaciones de la carretera son seguidas por el tren, que recientemente inaugurado, viene á enturbiar con la peste de su humo la nitidez de aquella atmósfera perfumada, y á despertar con sus silbidos de fiera y sus rugidos de monstruo los ecos dormidos de las montañas. Es realmente curioso ver lagartear por entre riscos al rampante tren de vía estrecha, que allí, movedido y culebreante, perdido entre aquellos peñascos, sorteando abismos, escalando cuevas, describiendo curvas y desprendiéndose fragorosamente por atrevidas pendientes, parece, visto de lejos, un jugueteón tren de muñecas, uno de esos diminutos caminos de hierro que mueven á su placer los niños por las pulidas superficies de planchas metálicas. Y sin embargo, es aquella una vía férrea que asombra, y que, más que asombra, espanta. Prescinde muchas veces de túneles para darse el placer de proyectar arriscadas curvas al aire libre, bordeando profundas simas, como quien ama el peligro, sin pensar que es frecuente en quien lo ama perecer en él.

Podrá ser lo que decía nuestro ilustre amigo Gabriel Rodríguez, que tanto respeto me infunde por su sólida instrucción y por sus vastos talentos, y también por la firmeza y el valor heroico con que se apartó un día del campo político, donde hubiera podido intentar todo y serlo todo. Podrá ser, repito, y será, lo que nos decía Gabriel Rodríguez, de que esa vía férrea es tan perfecta como puede ser la que más, y que no tiene ni mayor ni menor peligro que otra cualquiera. Será así, no lo dudo; pero ¿quién le pone puertas al campo?, ¿quién á la fantasía?, ¿quién al miedo?

El que viaja en este tren, llamado recientemente con mucha oportunidad por un distinguido redactor de *El Imparcial* el tren de los suicidas, va con el alma pendiente de un hilo, sobre todo en el trozo de vía que enlaza á Zumárraga con Vergara. El tren pasa allí rozando abismos que da espanto mirar; baja, ó por mejor decir, se despeña por pendientes que aterran; describe curvas que azoran por lo inverosímiles... No es un viaje, no; es un sobresalto.

Y de tal suerte debe ser así, que yo recuerdo perfectamente que, al encontrarme con usted en Alzola, y al preguntarle: «¿Vino usted en el tren por vez primera?» se apresuró usted misma á contestar, como saliendo al paso á mi pensamiento: «No, señor, no; por última.»

Atravesamos la villa de Deva por junto á su alameda, al trote de los caballos y al volar de la cesta, yendo directamente al sitio que llaman *el mirador* ó *la miranda*. Es un punto, una lengua de tierra que avanza, como si quisiera arrojar al mar, situada en el primer recodo ó sea el primer arranque de la carretera que conduce á Zarauz y á San Sebastián. Hay en aquel sitio un antepecho de defensa, y fronteros á él, de cara al infinito, unos bancos allí puestos para brindar á los transeuntes asiento, descanso y espectáculo. ¡Qué hermoso, ¿verdad?, qué hermoso y qué soberbio mirar!

Ya una vez allí...

Pero observo que mi carta va tomando proporciones desusadas, y no es justo robar á usted tanto tiempo con la lectura de esta larga epístola, monopolizando su atención que pueden reclamar mejores y más útiles ocupaciones.

Concluyo aquí mi carta de hoy, prometiéndome terminar cuanto he de decir en la que le escribiré mañana.

VÍCTOR BALAGUER

(Concluirá)

LA TIERRA DE LOS GITANOS

(Conclusión)

III

Pocos días después estábamos en Hungría, donde comenzamos por visitar un pueblecillo que, según nos dijeron, era el tipo de todos los del país. La calle principal, muy extensa, estaba flanqueada por casitas muy blancas; á lo largo de una especie de muelle elevábase varias líneas de mástiles; y más allá, en una arboleda, que prestaba sombra á dos tranquilos estanques, vimos el primer campamento húngaro. De las tiendas salieron hombres que vestían como los campesinos, mujeres andrajosas con los pies descalzos, y niños desnudos y algunos muy negros. De buena gana nos habríamos acercado; pero hacía horas que recorríamos en bicicleta los senderos arenosos que en la baja Hungría llaman carreteras, y estábamos rendidos.

Llegados á Raab, era tal nuestra fatiga que apenas podíamos tenernos en pie, y así es que después de cenar preferimos acostarnos á dar una vuelta por la ciudad. Ni siquiera pregunté si se hallaban en ella los gitanos que veníamos á buscar desde Londres, pues en aquel momento no hubiera dado un paso para ver á ninguno. Sin embargo, apenas conciliábamos el primer sueño, oímos en medio del silencio de la noche una especie de suave melodía, en la que reconocí una de las czardas que tanto me agradaron siempre. Los ejecutantes eran unos gitanos que se hallaban cerca de nuestro alojamiento, y su música duró tres ó cuatro horas. En aquella primera noche que pasaba en Hungría, agradóme mucho oír sin ver; y parecíame soñar, sabiendo que estábamos realmente en la tierra de los gitanos.

A la mañana siguiente alquilamos un bote en Grau, la Roma de Hungría, pues nos proponíamos hacer una excursión por el Danubio. Ibamos sentados sobre cubierta; de pronto oí un sonido semejante á un triste lamento; al volver la cabeza observé que era producido por el violín de un pequeño gitano, sentado en un montón de cajones de una embarcación inmediata, que no dejó de tocar su instrumento hasta que el sol se ocultó tras las colinas y hasta que un fuerte resplandor nos señaló Budapest destacándose en las tinieblas. Cuando llegamos al hotel de Hungría, otra vez oímos la música, pero mucho más ruidosa: los gitanos estaban en el comedor, que en realidad era el patio, adornado con mucho verde y abundantes flores; de modo que parecía un jardín, iluminado por farolitos de color y lleno de brillantes uniformes de los oficiales húngaros y los elegantes trajes de las bellezas del país.

Los músicos, que habían dejado de tocar mientras nos sentábamos, inclinaronse alrededor de una mesita, mientras que el director, sacando una bandeja, pasó de mesa en mesa, sonriendo y saludando á cada momento. ¡El verdadero gitano, que no quiere servir á nadie, y que solamente toca por gusto, pedía limosna!

Terminada la colecta volvieron á tocar; pero la música comprada por algunas monedas no tenía encanto para mí, pareciéndome lánguida y sin expresión, y salí desilusionada de allí.

En las dos semanas siguientes mi desencanto fué en aumento. Nuestro imaginario Budapest, con sus palacios de mármol y su aspecto oriental, parecía una



Gitanos de regreso de la feria

verdadera Chicago, con bulevares, luz eléctrica y máquinas. Desde nuestra ventana el aspecto era mucho más agradable, sobre todo en las primeras horas del día, cuando el sol iluminaba las colinas de Buda y los postigos verdes del palacio real.

En cuanto á los habitantes, correspondían por su aspecto á la ciudad. Los hombres vestían correctamente según la moda inglesa, y las mujeres ostentaban las de París.

Ni en Francia ni en Italia vive la gente tan al aire libre como en Hungría, y así es que cuando los nuevos amigos que teníamos en Budapest nos dijeron que los gitanos tocaban en el Margaretheninsel, isla del Danubio, nos embarcamos en el pequeño vapor que presta el servicio y allí nos dirigimos. Hasta la hora del crepúsculo nos entretuvimos recorriendo los jardines llenos de flores y visitando todo lo más notable. La orquesta de gitanos estaba ya preparada, y en ella vi algunos individuos que parecían judíos, notando también que pasaban la bandeja más á menudo que en Hungría ó en el café de la Opera.

Otra tarde fuimos al jardín de Volks, y era tan intenso el calor de aquel mes de septiembre que apenas se podía andar, por lo cual franqueamos en un antiguo ómnibus la extensa calle de Andrassy, donde no hay dos casas parecidas, según dicen los ciudadanos jactanciosos. Aunque el sol estaba muy alto aún, la música había comenzado ya, y entre los gitanos vi también esta vez muchos judíos. Antes de que acabásemos de tomar nuestro helado nos presentaron la bandeja dos veces.

Por más que aquellos músicos tocasen al aire libre, noté la falta de ritmo y decadencia que me habían hecho soñar en los humildes jardines Manerchor; y por otra parte los gitanos que estaba viendo, con sus levitas negras y feo traje, parecíanme más bien criados con librea.

Poco después de nuestra visita al jardín de Volks oímos hablar de la feria anual de Budapest, á la cual acuden familias enteras de gitanos que hacen el viaje desde los Kárpats solamente para ir á vender cucharas de madera y platos ó vasijas. Todo el terreno destinado á la feria estaba ocupado por tiendas de campaña y barracas, y allí pululaban los campesinos húngaros con su acostumbrado traje, chaquetón adornado con botones de plata y botas de montar; mientras que las mujeres llevaban varias faldas sobrepuestas, el cabello engalanado con cintas de vivos colores y calzado con grandes tacones, pero contábanse no pocas que iban descalzas. Vimos allí eslovacos de las montañas con el cabello enmarañado y largo y sus chaquetas de piel de carnero; judíos polacos con mucha grasa encima; agentes de policía, y serbios que vestían en parte al estilo turco. En fin, de todo había allí menos gitanos; no encontré ni uno solo.

Habíamos pasado algún tiempo entre las barra-

cas, cuando el sonido de una música nos atrajo otra vez al punto de partida. Ocho ó diez restaurantes que por la mañana estaban cerrados hallábanse ahora abiertos, y de ellos salían sonidos agudos y ruidosos á veces. Varios serbios tocaban allí un pequeño y curioso instrumento, que tanto tenía de mandolina como de violín, y entre ellos vimos gitanos que se habían mezclado con la multitud sin que los viésemos, sin duda porque vestían un traje que no llamaba apenas la atención.



La feria de los gitanos

Entramos en una de las tiendas, y en ella vimos algunos gitanos que por su rostro atezado y su mirada tenían un aspecto más salvaje que cuantos había conocido hasta entonces; dos ó tres eran tan amarillos como los indios, y en sus ojos observé el verdadero brillo característico en los individuos de la raza, así como lo eran también sus facciones. El jefe de la cuadrilla estaba evidentemente embriagado. Al vernos entrar hizo señal para tocar una czarda, pero la música que nos dieron fué tan desagradable como el aspecto de los ejecutantes.

En nuestras correrías nocturnas por las calles oíamos á veces tocar en algunos restaurantes ó casas de bebida de poca importancia; pero nunca entramos en ninguno de ellos, sabiendo muy bien que llamaríamos la atención. De muy buena gana dábamos limosna á los gitanos errantes que á veces nos salían al encuentro en el camino, los más de ellos muchachos ó niños muy graciosos; pero no así á los que pretendían ser músicos, cuando en realidad no eran más que mendigos.

Lo mismo nos sucedía cuando visitábamos los pueblecillos de los alrededores; allí veíamos siempre campesinos bailando las czardas; mas apenas echaban de ver los gitanos nuestra presencia, dejaban de tocar para pedir.

Un día fuimos á comer al brillante patio del hotel, y cuando llegamos todo estaba lleno de gente y la música había comenzado ya. No sé si fué una ilusión mía, mas parecióme que los violines y los címbalos emitían allí sus verdaderos sonidos, produciendo una música verdaderamente característica.

Racz Pal era el director de orquesta. Dijéronme que era uno de los treinta y tres hijos del más famoso gitano del mismo nombre. Apenas hacía cinco minutos que estábamos sentados, cuando Racz Pal comprendió que su música nos producía impresión; y es que los gitanos estudian á sus oyentes hace tantas generaciones, que comprenden por instinto cuándo producen efecto en quien los escucha. Nos observó silenciosamente, y llegado el momento de presentarse con la bandeja, que no se hizo esperar mucho, preguntáronnos qué deseábamos que tocara. Por primera vez quise hablar en su dialecto al gitano, aunque sólo dije dos ó tres palabras en romaní; pero me contestó en correcto inglés con expresión muy digna; y cuando volvió á ocupar su puesto, los ejecutantes no tocaron más que czardas, valeses y overturas, como los que habíamos oído en Manerchor y en Belmont.

La música no se interrumpía más que cuando Racz Pal se acercaba para preguntarnos qué más queríamos oír, y confieso que la escuché con el mayor gusto, porque evocaba en mi espíritu muchos recuerdos.

Un día de aquella misma semana, J... había salido para evacuar algún asunto y yo estaba comiendo sola en un aposento junto al patio grande, cuando de pronto oí pasos, y Racz Pal, con su bandeja en mano, apareció en el umbral de la puerta. Dejó aquélla en una silla, acercóse á mí y comenzó á hablarme en romaní con tanta rapidez, que no pude comprender bien todas sus palabras.

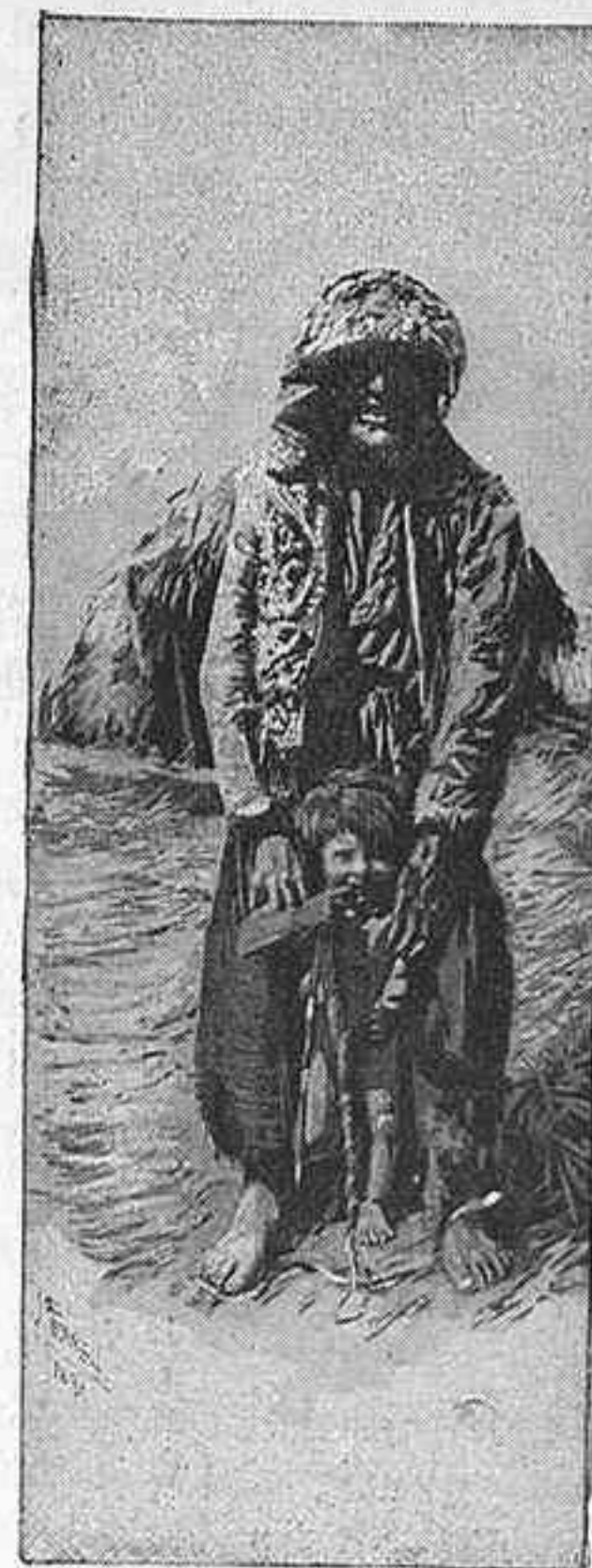
—¿Conque usted habla romaní?, preguntéle.

—Sí, señora, contestó; no hablo otra cosa con mi gente, y por dondequiera que usted viaje, en la llanura y en Transilvania, oirá nuestro idioma.

Después de esta conversación J... y yo pensamos que sería lo más acertado aprovechar el resto del mes de septiembre para continuar nuestra correría, y resolvimos emprender la marcha el lunes siguiente.

El día de la víspera fuimos al sitio llamado «Quinta de Blocksberg», en donde se celebraba el aniversario de un santo muy popular.

No éramos allí los únicos extranjeros; también había algunos americanos que, así como nosotros, debieron conservar un buen recuerdo de aquella fiesta. Después de cenar resonó en la puerta la música de los gitanos, que acababan de llegar bien preparados con sus violines y címbalos.



Mujer y niño gitanos de la tribu de los Giorgos



Pareja de novios gitanos



Gitanos dirigiéndose al mercado

Cuando pasamos al jardín, vimos que estaba iluminado con farolillos de colores, pendientes del ramaje de los árboles. Los gitanos fueron a situarse en el terrado para tocar las czardas, y un momento después comenzaron a llegar muchas parejas de bailarinas.

Como yo había dirigido algunas palabras en su dialecto al director de la orquesta, éste se me presentó durante el primer descanso y díjome que en obsequio mío tocaría un *tacho Romaní gilli*, verdadera canción gitana. La oí con la mayor atención, y admiré por lo apasionada y vigorosa. Dicen que los gitanos no tienen música propia; mas declaro que jamás he oído canción tan extraña ni de tan salvaje carácter como el *gilli*.

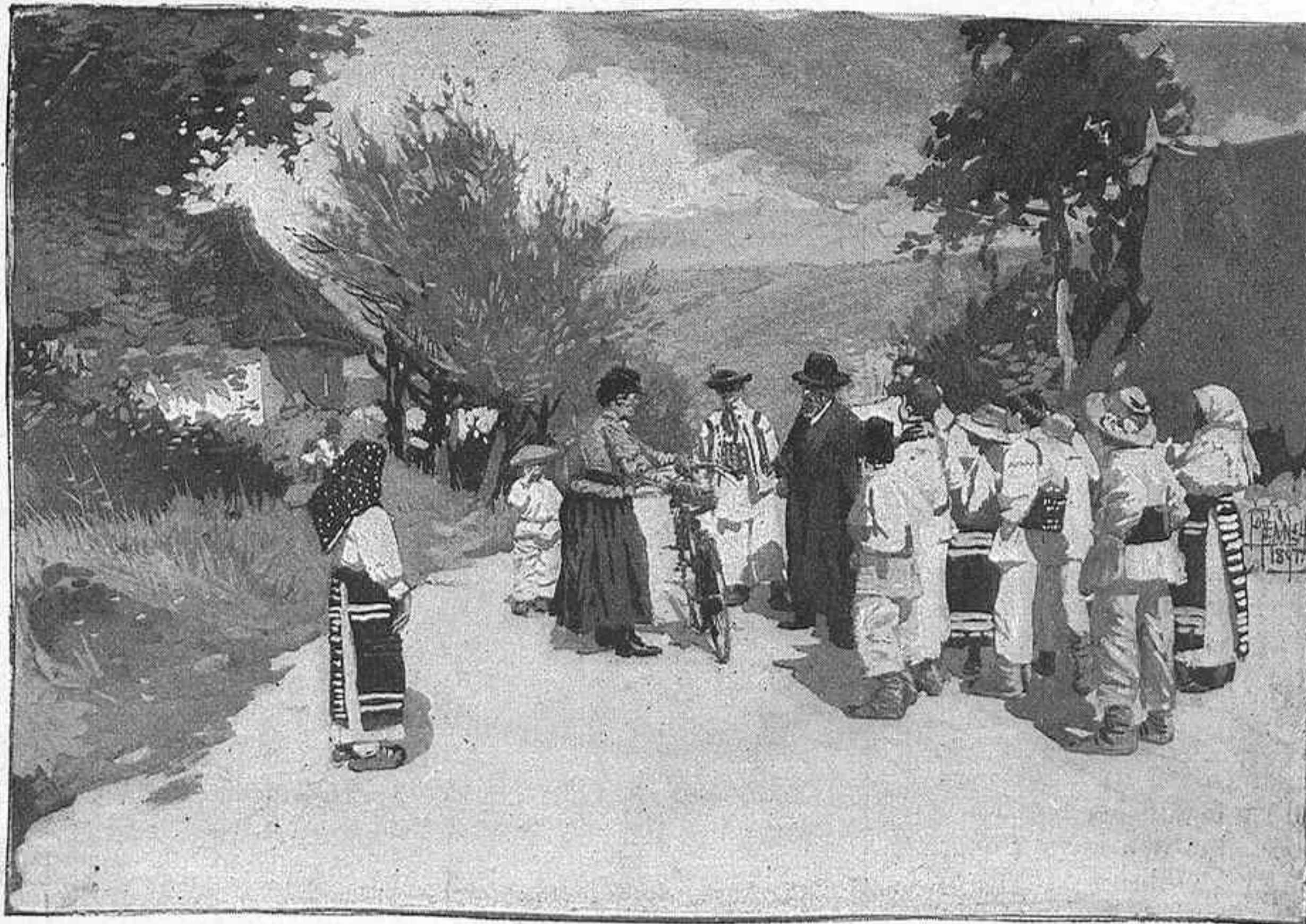
Los primeros albores de la aurora anunciaban ya el próximo día, y aún duraba el baile; que se prolongó hasta que los rayos del sol iluminaron las aguas del Danubio.

Aquella fué nuestra última noche en Budapest, la noche en que vimos realizados nuestros sueños; mas aún no existía allí el gitano perfecto; en adelante sabríamos que no se le debía buscar en las ciudades, sino en su propia casa, es decir, en los caminos ó carreteras.

IV

En un día caluroso y bajo un ciclo ardiente sin nubes comenzó nuestro viaje en el tren, lleno de viajeros que hablaban alemán, húngaro ó una lengua desconocida.

Durante toda la tarde estuvimos cruzando una vasta llanura sin árboles, y al anochecer llegamos a Debreczin, pequeña ciudad húngara verdaderamente tí-



Una visita á los gitanos

cían cerrarnos el paso. Jamás olvidaré nuestra llegada á Maramaros Szeget, á la pálida luz de la aurora: un centenar de hombres ó más, semejantes á otros tantos salvajes, con largas melenas de cabello lacio y muy androjosos, saltaron del tren, y á una voz de mando formáronse en línea, marchando después de dos en dos con paso militar hacia la ciudad. Nosotros los seguimos en nuestras bicicletas, juntamente con una escolta de judíos polacos. Al llegar á la plaza vimos otros muchos hombres formados en filas, silenciosos y taciturnos, y cada cual con una hoz al hombro. Yo me pregunté si aquello sería el principio de alguna rebelión de campesinos en aquel remoto rincón de la Hungría del Noroeste. Pero no, los hombres de las guadañas eran labradores, que aguardaban allí con la esperanza de que alguno les contratara.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha tan temprano, que solamente los segadores nos vieron salir. Durante la primera parte del viaje cruzamos por varios pueblecillos, donde nos admiró la robustez de las mujeres, muchas de las cuales, luciendo delantales de charros colores, ocupábanse en sacar agua de los pozos con sus jarros de estilo griego. Al anochecer nos detuvimos en Telsó Banya, alojándonos en la única posada que allí se encuentra. El dueño, un

pica, donde sólo permanecimos el rato preciso para ver las mujeres extrañas con el rostro casi tapado, al estilo oriental, y más extraños aún, los hombres, con sus altos gorros de piel de carnero, que estaban esperando en la estación y ofrecían un conjunto singular.

A la siguiente mañana vimos por todas partes altas montañas, que parecían

magyar bonachón, nos presentó al punto diversos manjares para que eligiésemos lo que quisiéramos comer; al mismo tiempo oímos hablar algunas palabras en romaní; y cuando encendieron las luces, mi vista se fijó al punto en varios violines que estaban sobre la mesa, alrededor de la cual hallábanse sentadas cinco ó seis personas de atezado rostro. Eran gitanos; pero como no tocaban y estábamos rendidos, poco después nos retiramos á descansar.

Al otro día emprendimos la marcha en dirección al valle, siguiendo la línea del río, dejando atrás numerosos campesinos que iban á las minas de oro, y algunos carros ocupados por wallachs, que como nosotros se dirigían á Nagy Banya.

En este último punto era día de mercado, y la plaza estaba completamente llena de hombres, que con sus chaquetones de piel de carnero ofrecían un singular golpe de vista entre los numerosos bueyes blancos conducidos allí para la venta. Siempre nos maravillaba en aquellas ferias la extravagante diversidad de trajes, que diferían tan sólo según la ciudad ó pueblo de donde los campesinos procedían. Después de estar en aquel ruidoso mercado de Nagy Banya, fué para nosotros singular contraste entrar en una casa donde vimos bosquejos de Rembrandt, dibujos de Víctor Hugo, elegantes tapicerías, libros de los más modernos y personas vestidas á la última moda de Londres y París. El dueño de la casa era un bravo patriota del año 48, hombre de cabello blanco, que se enorgullecía de haber tomado parte en todas las batallas libradas en Europa en favor de la libertad; magyar de corazón, frunció el ceño cuando le hablabamos en alemán; pero nos manifestó sus simpatías apenas dejamos este idioma por el francés.



Labradores gitanos esperando contrata

Con placer recuerdo los días que pasé en Nagy Banya, pues allí estuve como en un paraíso. Por las tardes paseábamos en jardines llenos de flores, desde donde se veían las distantes montañas; á caballo recorríamos el fresco valle donde se encuentran las minas de oro, y en el pequeño parque nos reuníamos con la familia del patriota, que me colmaba de atenciones. No hay nada en el mundo comparable con la bondad húngara, y los nuevos amigos que teníamos allí creían siempre no haber hecho lo suficiente para complacernos.

El dueño puso á nuestra disposición un carruaje para ir á ver las chozas de gitanos que había en los arrabales del pueblo, y ya desde lejos divisamos las espirales de azulado humo que me eran tan familiares desde que estuve en Camden. Nunca olvidaré el grupo que vimos delante de una choza, alrededor de una olla pendiente de unas estacas sobre el fuego. Una mujer joven, verdaderamente hermosa, con la dentadura blanca como la nieve, tenía un niño en la falda, y en torno suyo había otros tres, muy morenos también y desnudos; á pocos pasos, un hombre joven, casi negro, paseábase de un lado á otro. Al divisarnos uno de los niños, púsose en pie de un salto y corrió hacia un campo de trigo para ocultarse entre las espigas.

Aquellas chozas no eran tiendas de gitanos, pues tenían paredes y techos de argamasa, y sus habitantes, por más que estuvieran desnudos como salvajes del desierto, habían renunciado para siempre á la dulce vida libre de los que no reconocen á ningún hombre por amo y hacía muchos años que se habían establecido en el dominio de un gran señor, que les



Una choza de cañas de maíz

permitía estar allí, exigiendo en cambio un día de trabajo por semana á cada cual.

Al fin abandonamos Nagy Banya y nos dirigimos á Dees: por el camino sólo encontramos un vagón donde iban dos gitanos con dos muchachos, lo cual me extrañó, porque yo esperaba encontrar á cada paso en los caminos de Hungría alguna caravana, y no gitanos sueltos viajando en vehículos. Aquellos fueron los únicos que vimos en la parte Norte de Transilvania.

Cuando pregunté la causa de esto en las ciudades por donde pasamos, nos dijeron que era muy raro en verdad que los gitanos viajasen desde un punto á otro, pues las leyes locales contra ellos en cada departamento eran severas. Ya no son esos gitanos libres como al ave en el aire, sino como el pájaro en su jaula.

Nos causaba honda pena ver á las mujeres cavando en los campos ó en los caminos, y á las niñas, con sus delicadas facciones y sus pañuelos á la cabeza, á guisa de turbante, acudir corriendo para vernos pasar. En cuanto á los hombres, casi siempre los encontrábamos trabajando en servicio de algún labrador.

Cuando nos internamos más en el país supimos que no se celebraba feria ni mercado sin que acudiesen los gitanos. Allí estaban los hombres con sus cestas y cepillos para la venta; rara vez con caballos; mientras que las mujeres, provistas de sus palas y cubos, esperaban á que alguien solicitara sus servicios.

Por lo demás, nunca nos engaábamos en cuanto al tipo: aunque esos bohemios vistiesen el traje de labrador, presentaban caracteres que nos revelaban con seguridad al gitano de raza. Sin embargo, esto no impedía que fuesen poco menos que animales. Durante horas enteras veáseles sentados al sol, con las rodillas abrazadas, esperando á que «cayese algo que hacer;» y cuando J... ofrecía tabaco á cualquiera de aquellos hombres, no siempre se movía para acercarse á recibirlo. Más á menudo, cual si temiesen que se les molestara para algo, echaban á correr con la rapidez de un ciervo; y no se debía esperar darles alcance, pues parece que tienen alas en los pies.

No hay ciudad ni pueblo que no tenga su barrio de gitanos, y en todas partes me llamó la atención el inerrable instinto que los conduce á elegir siempre

habitado sólo por gitanos. Volvimos del Bukovina, y al franquear una depresión de terreno en la falda de la montaña, vimos en una solitaria colinilla un grupo de chozas. Ningún sendero encontramos para llegar allí; pero esto no nos impidió llegar. Al principio no vimos á nadie; pero muy pronto comenzaron á presentarse hombres, mujeres y niños andrajosos y de mísero aspecto. El techo de sus chozas se componía de ramaje de árboles, que aún conservaba sus flores silvestres. Los hombres, muy desaseados, llevaban la camisa abierta, dejando ver el pecho; las mujeres iban descalzas, aunque tenían el cuello adornado con collares de monedas de plata del siglo último, y los niños, según costumbre, andaban por allí desnudos: todos los hombres, algunos de ellos muy semejantes á bandidos, llevaban puñales en el cinturón; de modo que si hubiesen querido nos habrían robado hasta la camisa, porque estábamos indefensos y completamente en su poder; mas nos recibieron como amigos, con una cortesía que nos admiró.

Todos esos gitanos pertenecen á una clase diferente de la de aquellos que frecuentan los mercados y visten como los campesinos; y para señalar la distinción, hacía largo tiempo que se habían cortado sus rizos, renunciando á sus botones de plata, y esforzándose para tener el aspecto de un húngaro ó wallach de la ciudad.

Con los primeros que hablamos fuimos los mejores amigos apenas pronuncié dos palabras en su dialecto.

Ni en Bestercze ni cerca de este punto había verdaderos gitanos, y de consiguiente era inútil permanecer allí, donde no encontramos más que pobreza y miseria en aquella solitaria colinilla de la montaña.

Otra vez emprendimos nuestra peregrinación, cruzando llanuras y montañas, y dirigiéndonos hacia el

los sitios más amenos y poéticos para establecer su vivienda ó acampar.

Al fin de nuestra primera semana de viaje llegamos á Bestercze, pequeña ciudad sajona que está casi en el Bukovina. Aquí exploramos todos los alrededores con la esperanza de encontrar al verdadero gitano de pura raza en algún camino; y gracias á nuestras bicicletas, nos alejábamos á veces mucho, visitando pueblos de nombres extravagantes, muy lejanos de las vías férreas; pero en todas nuestras excursiones no encontramos más que el pastor, con su rostro casi negro, y gendarmes armados de sus carabinas.

Un día tuvimos la suerte de encontrar un pueblo

Este llegamos casi á la Moldavia. Siguiendo el curso del Maros vimos otra vez gitanos en los caminos y entre las grandes rocas y en cuevas subterráneas, donde viven salvajes y sin música. Después penetramos en el mismo corazón de Szecklerland, visitando sucesivamente Maros Vasarhely, Szeckely, Udvarhely, Czík, Szerda y Sepsí Szent György, esas ciudades de nombres terribles, donde los hombres se jactan de ser hijos de los más antiguos hunos, de aquellos que siguieron al feroz Atila en sus salvajes correrías, á los cuales se recuerda al fijar nuestra vista en su penetrante mirada.

Un domingo, á últimos de septiembre, vimos en un remoto pueblo de montaña unos wallachs que bailaban cerca de la iglesia al compás de la música



Guía de Dees



Una familia de gitanos en marcha

de dos gitanos que vestían de campesinos. Las mujeres se distinguían por sus delantales de colores charros y sus collares de abalorios; llevaban en el cabello muchas cintas, y todos los hombres se habían engalanado con una flor colocada sobre las orejas; en el sombrero lucían plumas de gallo, y en las botas campanillas que resonaban á cada movimiento.

Pasamos todo un día en Maros Vasarhely en compañía del Dr. Herrmann, que nos ofreció acompañarnos para visitar las chozas de gitanos de la montaña. Se nos trató con mucha deferencia, y nuestra visita á dicho pueblo no dejó de ser provechosa.

Allí tuvimos ocasión de ir á la feria de caballos y ganado, donde los gitanos abundaban. Por la tarde recorrimos los extensos prados, y en la orilla del río pude ver al fin verdaderas tiendas de gitanos, alrededor de las cuales jugaban varias niñas en quienes observé el sello característico de la raza. Más allá de las tiendas veíanse caballos, vacas y cerdos, pues aquellos gitanos se habían hecho labradores; uno de ellos me enseñó su ganado, y preguntó por los gitanos de nuestro país. Recuerdo muy bien el detalle, porque aquel hombre fué el único que manifestó interés por la gente de su raza.

Con el mes de octubre se comienzan á ver esas ferias en todas las ciudades y pueblos, y muchas mañanas nos despertaron vendedores y compradores con el ruido que hacían debajo de nuestras ventanas. En los pueblos más pequeños, de los cuales visitamos algunos, todo era confusión y alegría durante los días de feria.



Labriegos gitanos



R. Caton Woodville.

G. F. J. G. R. & C. O. S. N. A. WIEN.

MARCHA AL TRAVÉS DEL DESIERTO, DIBUJO DE R. CATON WOODVILLE

Octubre es el mes de la vendimia en los extensos viñedos del Este de Transilvania, que nosotros visitamos en los días más brillantes de aquel mes, saboreando de continuo las ricas uvas que allí se encuentran. Solamente para formar idea de los trabajos y operaciones que con tal motivo se practican llegamos hasta la pequeña ciudad sajona de Mühlbach, con sus antiguas y ruinosas murallas y su magnífico templo fortificado. Allí también vimos una cuadrilla de gitanos músicos que tocaban todas las tardes y habían llegado de lejanos pueblos. Los tziganes eran numerosos, y casi todos labradores acomodados.

Dos días después nos hallábamos en Kolszvar, paseando otra vez entre los viñedos y comiendo uvas. Habíamos llegado á este pueblo como extranjeros, pero se nos recibió como amigos, teniendo el gusto de que nos acompañaran toda una mañana el maestro de escuela y el cura. No nos faltaron allí tampoco gitanos y czardas á la hora de comer, y al mismo tiempo recreábamos la vista en la sinuosa corriente del Szamos y en las nebulosas montañas por donde habían cruzado desde nuestra salida de Torda.

Con los mismos amigos fuimos á cenar á la ciudad, y después se presentó Pongratz con sus músicos; Pongratz, á quien se invita á las fiestas de los reyes y emperadores, y que ahora, desde la muerte de Racz Pal, es el más famoso director de orquesta gitano que se conoce en toda Hungría. Nos hizo el honor de acercarse á nuestra mesa y «tocar al oído,» y en su música hallé algo de eso que hace soñar, evocando recuerdos del pasado.

Al salir de la fiesta, una hora antes de amanecer, vimos varios jóvenes que, con el sombrero echado hacia atrás, dirigíanse á sus casas cantando las czardas con que los gitanos habían sazonado el vino. El sereno, con su chaquetón de piel, hacía su ronda aún, golpeando el suelo con el chuzo á cada paso. Esto fué lo último que vimos en Kolszvar, donde todo nos pareció muy característico.

La noche era muy fría, y al amanecer vimos todas las montañas inmediatas cubiertas de nieve. Había comenzado el invierno, y al menos por aquel año debíamos renunciar á las excursiones por los caminos. Cerca de Kolszvar tomamos el tren para Budapest.

No habíamos encontrado el verdadero gitano de pura raza, como no fuera un hombre viejo con quien hablamos en Burzenland. Nos dijeron que era el único que había quedado en Transilvania, donde todos los hombres de esa raza se hacen labradores, degradándose rápidamente hasta convertirse en siervos. Nuestro gitano libre como el ciervo en el bosque, como el pez en el agua y como el ave en los aires, se ha extinguido para siempre en Hungría. En nuestro país se había realizado mejor el ideal que concebimos: Davy Wharton en Camden, Rudi en los jardines de Manerchor, y no Pongratz en Kolszvar, Goghi en Besterce y Racz Pal en Budapest, eran el *tacho Romani y chals*.

Algunas veces nos preguntamos si nosotros mismos no somos los únicos seres humanos que pueden considerarse libres como el ciervo en el bosque, como el pez en el río y como el ave en los aires.

ISABEL ROBINS PENNELL

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—El jurado constituido en Budapest para premiar el mejor boceto de monumento á Andrássy ha otorgado el primer premio al famoso escultor húngaro Jorge Zala, el segundo al célebre escultor alemán Gustavo Eberlein. El proyecto de Zala representa á Andrássy sobre un pedestal de cuatro metros de alto, de estilo del Renacimiento, en el cual hay dos figuras alegóricas, la Paz y la Riqueza, y dos relieves que reproducen uno la fiesta de la paz de Berlín (copia del cuadro de Werner) y otro el acto de la coronación. El boceto de Eberlein es de gran efecto plástico, pero poco original: en él Andrássy va montado sobre un caballo que una hermosa matrona conduce de la mano.

—En la Galería Nacional de Berlín se han expuesto las obras por la misma adquiridas en el presente año, entre las cuales hay paisajes, marinas y animales de Gude, Saltzmann, Frenzel, Spanzenberg y Dettmann, de Berlín; Vernberg, Herzog y Mullig, de Dusseldorf; Weishaupt, Wenglein y Dill, de Munich, y además retratos de Hoffmann, de Fallersleben y del egiptólogo Lepsius, pintados respectivamente por Henseler y Biermann.

—En la Exposición celebrada por los secesionistas de Munich, que se cerró el día 22 de octubre último, se han vendido obras por 125.000 pesetas, ó sea el 12 por 100 del valor de las enviadas para la venta. El producto de las entradas asegura el pago ofrecido de la parte de deuda contraída para construir el nuevo palacio de exposiciones edificado en aquella capital por cuenta de la asociación.

—La Galería Nacional de Londres ha adquirido el famoso cuadro de Hogarth, *El tribunal del jefe de la escuadra*.

—En Mulhausen (Alemania) el profesor Wagner está trabajando en la restauración de las antiguas pinturas de la Casa Consistorial, figuras alegóricas pintadas sobre un fondo de ladrillos encarnados, que han servido de modelo para el adorno de una de las fachadas que hasta ahora habían estado sin decorar.

Barcelona.—*Salón París.*—Interesante, numerosa y variada

es la exposición de las obras últimamente expuestas en este local. Una colección de escenas familiares y estudios, ejecutados con soltura, agradables por su coloración é impregnados de verdad, del pintor Gómez Soler, llama con justicia la atención general, pues realmente revela en su autor un progreso. Regular número de cabezas de estudio de Brull, con indecisión y vaguedad alguna, pero bien aceptables otras por su expresión y color. Torras y Farell ha presentado diversos retratos en claro-oscuro, de buen dibujo y buena entonación; uno de ellos, el del *amateur* Sr. Nicolau, bien resuelto por su actitud natural y expresión.

La industria artística se ha representado por una cuna de caoba, de Rafael Costa, decorada con pinturas y ligeros toques de oro; decoración apropiada al estilo *rococo*, á que pertenece este mueble, nueva muestra de que el arte va infiltrándose en los trabajos de nuestros industriales.

Teatros.—En Roma y en Turín se ha representado el drama de Tolstoi *El poder de las tinieblas*: los dos primeros actos fueron fríamente acogidos, pero el resto de la obra entusiasmó al público. Según parece, se trata de un drama horripilante, «monstruosamente terrible ó locamente sublime,» al decir de un periódico italiano.

—En el teatro Real de la Opera, de Berlín, se han estrenado dos óperas en un acto, *Gringoire*, de Ignacio Brull, y *Mara*, de F. Hummel; una y otra fueron muy aplaudidas. *Mara* es del género de *Cavalleria rusticana*; el libro, de A. Delmar, es altamente dramático y la música pertenece al estilo wagneriano.

—En el teatro de la Ciudad, de Leipzig, se ha representado con muy buen éxito la ópera en dos actos de Juan B. Pergolesi *La serva padrona*, escrita hace 162 años.

—En la Arena Nacional, de Florencia, se está representando con gran éxito una versión italiana de la popular zarzuela *La Gran Via*.

—En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha dado con gran éxito una representación del drama *Mahoma*, de Voltaire, traducción de Goethe.

Londres.—Se han estrenado con éxito: en el teatro Daly una comedia de gran espectáculo en tres actos, arreglo del alemán por Blumenthal y Kadenburg, titulada *The Orient exprés*; y en la Opera Cómica, la Sociedad del Teatro Independiente un melodrama histórico titulado *A Questión of memory*, de dos escritores que ocultan sus nombres bajo el seudónimo de Michael Field, cuyo argumento está basado en un episodio de la revolución de los húngaros contra Austria en 1848. Después del melodrama, los artistas de la Sociedad representaron en francés el precioso drama en un acto, de Francisco Coppée, *Le Pater*.

París.—Se han estrenado con éxito: en el Chatelet la comedia de magia en tres actos y veinte cuadros, de gran espectáculo, *Chat du Diable*, de Nuiter y Treffen, música de Offenbach, que no se había representado aún en Francia á pesar de haber sido escrita hace veinticinco ó treinta años para Inglaterra, en donde ha tenido siempre un éxito extraordinario; y en Gymnase la comedia en un prólogo y tres actos de Sardou y Moureau, *Madame Sans Gene*, que es la historia anecdótica de la mariscal Lefebvre: la obra es interesante con escenas magistralmente desarrolladas y efectos dramáticos de primer orden y está admirablemente escrita.

Madrid.—En el teatro Real se ha estrenado con poco éxito la ópera del maestro Puccini *Manón Lescaut*, bien instrumentada, pero pobre de inspiración; en su desempeño obtuvieron muchos aplausos la señora Darclée, el tenor Sr. Cremonini y la orquesta, muy bien dirigida por el maestro Goula. En el Español ha comenzado sus tareas la compañía que dirigen los conocidos actores Sres. Mata y Bueno. En el teatro Moderno (antigua Alhambra) ha debutado con muy buen éxito la compañía italiana del Sr. Emmanuel y señorita Reiter, que últimamente estuvo en el Principal de Barcelona. En Apolo se ha estrenado con mediano éxito una zarzuela en un acto, *Los descamisados*, de López Silva y Arniches y música de Chueca: el libro, aunque chistoso, no ofrece interés alguno, y la música, con ser del popular é inspirado maestro, no pasa de regular.

Barcelona.—En el Tivoli ha comenzado sus representaciones una compañía cómico-lírica que está representando con buen éxito la popular zarzuela de gran espectáculo en tres actos de Ramos Carrión y música de Fernández Caballero, *El siglo que viene*. En el Circo Barcelonés se ha estrenado con aplauso una graciosa zarzuela en un acto, *Una ópera en Azuqueca*, letra del Sr. Granés y música de García Vilamala.

—La inauguración del Liceo ha sido este año una noche de horrores y de luto para nuestra ciudad. En la crónica correspondiente de *El Salón de la Moda*, que acompaña á este número, se describe detalladamente la espantosa catástrofe que manos tan criminales como cobardes produjeron en nuestro hermoso coliseo. Omitimos, pues, ocuparnos de ella para evitar repeticiones, y hacemos nuestros los conceptos que en dicha crónica se consignan, de dolor al recuerdo de las víctimas, de compasión para sus familias, de execración para los autores de tan vil atentado.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

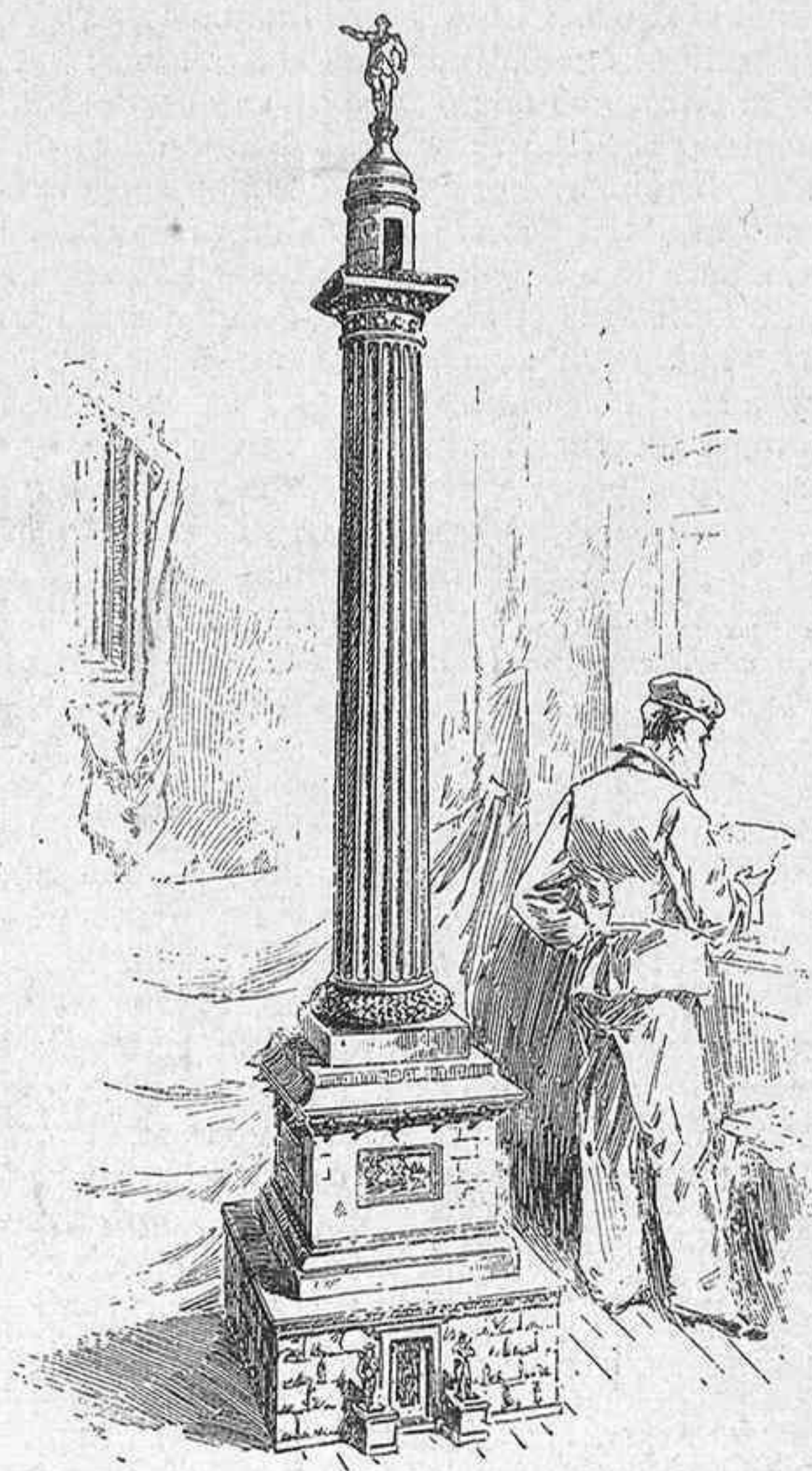
Carlos Bell Birch, conocido escultor inglés y hábil dibujante sobre madera y sobre piedra.

José Hellmesberger, director de orquesta de la Opera Real en Viena, notable violinista, director del Conservatorio de la Sociedad de Filarmónicos de la capital de Austria.

NUESTROS GRABADOS

Puerta en el patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla, dibujo á la pluma de Manuel García Rodríguez.—A la galantería del distinguido paisajista sevillano debemos el notable dibujo que publicamos, copia de la interesante puerta que da acceso al poético patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla. Nuestros lectores conocen ya, por haber figurado las reproducciones en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, varias obras del Sr. García Rodríguez, que tan justa como merecida fama ha sabido conquistarse en el género especial que con tanto aprovechamiento cultiva. Nuestro amigo forma parte de esa pléyade de artistas que en la bella ciudad andaluza tan alto conservan el buen nombre de la escuela que tanta gloria logró para el arte pictórico español, ofreciendo la particularidad, en el período de su moderno renacimiento, que todos los artistas residentes en la que fué sede de San Isidoro son pintores genuinamente españoles, ya que reproducen los tipos, costumbres y paisajes de aquella región.

Monumento erigido en memoria de la batalla de Trenton en la ciudad de este nombre.—La batalla de Trenton (26 de diciembre de 1776) fué una de las más importantes libradas contra los ingleses, y la victoria allí conseguida por Washington una de las más brillantes de aquella guerra. El Estado de Nueva Jersey, deseando conmemorar aquel trascendental suceso, ha erigido en su capital, Trenton, un monumento cuyo modelo reproducimos, proyecta-



Modelo del monumento erigido en Trenton (Nueva Jersey, Estados Unidos) en memoria de la batalla allí librada por Washington contra los ingleses en 1776.

do por Juan H. Duncan. Consiste en una columna dórica de granito, de 135 pies de alto, coronada por una estatua de bronce colosal de Washington, ejecutada por el escultor W. R. O'Donoran; en las cuatro caras del pedestal hay otros tantos bajos relieves representando distintos incidentes de la batalla. Un ascensor eléctrico permite subir por el interior de la columna hasta llegar á la estatua, desde donde se disfruta una vista magnífica.

Grito de guerra—A través del desierto, dibujos de R. C. Woodville.—Como pocos artistas trata el célebre dibujante inglés Woodville los asuntos que tienen por personajes y por escenarios tipos y lugares del continente africano. Hay en todas sus composiciones tales vigor y fuego y vida, que sólo alcanza el lápiz cuando el que lo maneja siente de veras el tema que quiere reproducir por haber estudiado á fondo sobre el terreno las figuras, los paisajes, las costumbres, la existencia toda del país adonde quiere transportar al que contemple su obra. El árabe de *Grito de guerra* que detiene al fogoso corcel para excitar con sus gritos y con sus ademanes á los compañeros que le siguen y el árido paisaje que sirve de fondo al hermoso grupo del jinete y del caballo; la infeliz pareja de *A través del desierto* que camina recelosa de las dos fieras que parecen acechar el momento oportuno de lanzarse sobre ella y la inmensa planicie sin un árbol, sin una mata, caldeada por un sol que cae á plomo, que penosamente cruzan aquellos desdichados, tienen, amén de la intachable corrección con que todo está ejecutado, tal fuerza de expresión, que mirando los dos dibujos sientense calofríos ante la idea del salvaje furor de aquel guerrero y al pensar en los horrores de esta marcha, á cuyas penalidades quizás pondrá término una muerte horrible entre las garras de los fieros animales.

Un recluta por fuerza, dibujo de J. H. Roberts.—Aunque al protagonista de esta escena, maldita la gracia que debió hacerle verse convertido en recluta por fuerza, no deja de ser cómica la situación de este infeliz entre un escuadrón de caballería á todo correr, rodeado de soldados que se ríen á mandíbula batiente de su facha y de su azoramiento. Y el suceso tiene aún más gracia por ser el dibujo, según el autor del mismo afirma, copia del natural y tomado de un croquis sacado durante las últimas maniobras efectuadas en Inglaterra. Quizás el buen señor, picado de curiosidad, quiso ver demasiado de cerca las evoluciones del ejército, y su caballo, recordando tal vez antiguos hábitos, se lanzó en medio de sus compañeros y con ellos emprendió veloz carrera; quizás se trata de algún propietario rural ó médico de pueblo que yendo á visitar sus propiedades ó á sus enfermos se vió sorprendido en su camino por aquella avalancha de jinetes, y quisiera que no, para no ser arrollado, hubo de volver grupas y acomodar su paso al de los militares. De todos modos, su situación nada tiene de envidiable, y á buen seguro que si el caso es, como dicen, histórico, el pobre hombre no se habrá repuesto todavía del susto que se llevara.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.



— Ustedes dispensen, dijo Luis acercándose y llevando la mano al sombrero...

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETV

— ¡Hasta mañana, caballeros!
 — ¿Te marchas ya?
 — Sí.
 — ¿Has perdido?
 — ¿Perdido? No. Digo: creo que sí.
 — No será mucho cuando no sabes cuánto.
 — ¿Mucho? No: no debe ser mucho; unas cinco mil pesetas, me parece.
 — ¡Cinco mil pesetas! ¿Y lo dices tan fresco?
 — Pues qué quieres, ¿que lo diga sudando?
 — Ya sé que no es para ti gran cosa esa cantidad; pero al fin son cinco mil pesetas, ¡mil duros!
 — Igual á veinte mil reales; estoy enterado; vaya, adiós, Roncalito: me caigo de sueño; me he aburrido en la ópera; me he aburrido jugando, y si me descuido bostezo hablando contigo.
 — ¿Y Camila?
 — Debe estar durmiendo; son las cuatro, y no es hora, me parece, de estar rezando el rosario.
 — Hombre, no digo tanto; podía estar en un baile.
 — Pues no está. Adiós.
 — Adiós, Luis. Que duermas bien.
 Este corto diálogo fué sostenido por dos hombres en un salón del *Veloz Club*.

Contaría el uno treinta y cinco años, era lo que en el lenguaje vulgar llamaríamos buen mozo, y revelaba en su porte, en la distinción de sus maneras y en la elegancia de su persona pertenecer á la clase más elevada de la sociedad masculina.

Su interlocutor, un chiquillo espigado, un mozallete de bigotillo chino temeroso de cubrir completamente el labio, y patillitas avaras, tacañas, rehañas en crecer; pero todo lustroso, abrigado, rizadito y cuidado como planta exótica en invernáculo de floricultor.

Era Delfín Roncal hijo primogénito del marqués del Arroyo, tonto de capirote, aficionado á las bellas artes, según decía, galanteador de tiples de ópera y de coristas de zarzuela cuando el Real se cerraba, conquistador de camareras de establecimiento balneario y hazmerreir de señoritas poco aficionadas á los *litts*.

Tenía veinte años y representaba diez y seis: nadie llevaba una moda antes que Roncalito, ninguno le aventajaba en la variedad y surtido del guardarropa, y pocos podrían decir que fuesen sus papás tan complacientes como lo era el marqués para pagar cuentas: en cambio Roncalito no contaba ni podía con-

de la casa conocida con el fúnebre nombre del «ataúd», y por más que miró á uno y otro lado no vió un alma viviente. Sufrió con esto una contrariedad grandísima; pero un tanto consolado con la idea de haber puesto de su parte los medios para encontrar en quién sería aquella joven desventurada, pues joven debía ser á juzgar por el metal de su voz.

A la entrada del paseo de Recoletos encontró al sereno, que indudablemente lo esperaba, pues al verle se puso en movimiento, adelantándose á recibirlo.

— Buenas noches, señorito.
 — Buenas noches, Tomás: ¿No ha venido por aquí una joven que pide limosna para su madre?

— *Biénnle* tantas, señorito... Buenas pécoras están. ¿Pues *non* decía el señorito que no lo *enjañarían*? Han de *enjañarlo* mientras viva, porque tiene muy blandas las entretelas del corazón.

— Pero dime, ¿ha venido alguna esta noche?
 — Esta noche, esta noche...; pues mire, esta noche pareceme que *goben* no ha venido *ninuna*; vino la *pelada*, una *pedijuañera* que cuenta cada noche una cosa más triste... Yo téngole ofrecido darle un *jolpe* con el chuzo que le parta en dos la cabeza.

tar con mayor cantidad en metálico que cinco duros cada domingo, por lo cual lo de las galanterías de *prima-donnas* era un exceso infantil de poca trascendencia.

El buen mozo á quien Roncalito llamara Luis salió del *Veloz* después de haberse dejado poner un gabán de ricas pieles y de subirse el cuello hasta cubrir las orejas: cuando puso el pie en la acera de la calle de Alcalá sintió un escalofrío; estaba helando como hiela en Madrid una noche serena del mes de enero.

Tomó hacia la izquierda y siguió por la calle abajo en dirección al Prado.

Cerca de la iglesia de San José distinguió un bulto: era una mujer que al verle se dirigió á él resueltamente:

— Caballero, le dijo sollozando, una limosna para mi madre que se muere.

El *clubman* continuó su camino sin dar señales de haber visto á la mendiga, y la había oído sin embargo. Pero ¿quién hacía caso? Las muchachas perdidas, las viejas viciosas y los chiquillos desarrapados que todas las noches le salían al paso le dieron ya muchas desazones. Le habían contado lástimas, penas horribles, miserias espeluznantes y se conmoviera algunas veces hasta el punto de tomar las señas de sus domicilios, después de socorrerlos con largueza, para buscarles acomodo y remediar sus necesidades; pero ni uno le dijera jamás la verdad. ¿Cómo había de hacer caso? Estaba dispuesto á no dejarse engañar más, así lo había jurado la última vez. Pero aquella voz que entre sollozos pedía una limosna para su madre le había llegado al corazón, hiriendo las fibras del sentimiento: era un acento dulce, desgarrador... Sí, como se lo habían parecido otros... No, no: sonara diferente en sus oídos. ¿Cómo había podido dejar de atenderle?.. Volvería atrás; sí, volvería: si le engañaban una vez más, bien: ¿qué más daba?; pero no podría pasar la noche tranquilo recordando aquella voz y aquellos sollozos.

Sin reflexionar más, dió la vuelta cuando estaba ya cerca de la fuente Cibeles, y á paso largo llegó hasta la calle del Caballero de Gracia sin divisar á nadie; miró hacia la calle de las Torres, dobló la esquina

— Pero ¿no podría usted buscarme una que estaba hace un momento junto a San José?..

— ¡Tu, tu, tu, tu! ¡Échele un *jalgo*! ¡Sabe Dios por *onde* irá de retirada; á estas horas ya no se detienen mucho. No piense en ella, porque sería algún peine como las otras.

El caballero caminaba á buen paso, seguido del sereno, y llegaron á una elegante casa del paseo de Recoletos; abrió el orensano la puerta y penetraron ambos en un portal espacioso, con estatuas y escalera de mármol, bombas esmeriladas en brazos de gas y puertas de cristales de colores.

Como persona que conoce á ciegas el terreno, echó delante el buen mozo, sin cuidarse de la mortecina luz que irradiaba el empañado cristal del farolillo que pendía del chuzo, y Tomás siguiéndole diligente llegó tras él hasta el primer piso, en donde se abrió la puerta antes que fuese preciso tirar del llamador.

— ¡Adiós, Tomás!

— Descansar, señorito, respondió el sereno dando la vuelta y bajando la escalera con más calma que la había subido.

Luis Pacheco era el dueño de la casa magnífica en que acabamos de entrar y habitante en el piso principal: no tiene título ni lo necesita; pero es rico, riquísimo, gracias á las aficiones acaparadoras de su padre, un banquero de la clase de barrenderos de tienda de la calle Imperial, ascendido por matrimonio con la hija del principal y consagrado millonario por el especialísimo tacto en los negocios y por amis-

boda con inusitada pompa y salieron los novios para el extranjero: pasaron en Suiza, Francia, Italia, Austria y Rusia la primavera y el verano, pero regresaron precipitadamente á Madrid en el otoño para recibir el último aliento del Sr. Flórez, que murió dejando á su hija, única también, unos trescientos mil duros, después de liquidar todo como Dios mandaba.

Los padres de Luis quisieron que el matrimonio viviese con ellos, y aunque no gustaba mucho Camila de austeridades y sencilleces á las cuales era su suegra muy dada, tuvo que conformarse, ya porque no creyera oportuno rebelarse contra lo que su marido aceptaba gustoso, ya porque su carácter frío y reservado no le permitiese hacer otra cosa.

Seis años vivieron los viejos Pacheco después de casarse su hijo, y cuando el marido cerró los ojos, un año y medio después que su mujer, entró Luis en posesión de su capital que, según supo al poco tiempo de hacerse cargo de todo, triplicaba el de su mujer.

Edificaron la casa del paseo de Recoletos, reservándose el primer piso, amueblado con lujo extraordinario, y comenzaron una vida nueva, sin hacer mermas en el total y solamente gastando la renta, que daba lo suficiente para vivir con esplendidez. El nombre de Luis Pacheco, aunque apreciado y conocido en los círculos elegantes, no sonó con aureola de fausto hasta que murió el banquero; en cambio nadie sabía que diese limosnas ni tuviese la monomanía filantrópica de su padre, por más que á cencerros tapados debía hacer mucho bien, por cuanto se susurraba algo. El sereno estaba enterado de lo que le había ocurrido con algunos mendigos; á él mismo le había dado más de mil reales para gastos de una pulmonía, y entre la servidumbre, los porteros y los vecinos se sabía que hacía caridades en grande; pero como no le gustaba que se divulgase, todo Dios lo repetía como secreto de oreja.

La señora era de la escuela de su suegro: bombo y platillos; si no, no había limosnas. Este y otros defectos que Luis encontraba á su mujer hacían que no hubiese entre ellos fusión de almas; él no la contrariaba, la quería, la respetaba por sus buenas condiciones de esposa y madre, pero sentía un vacío grandísimo á su lado cuando se daba cuenta de que aquella mujer no sentía hondo ni pensaba alto.

Frecuentaban la sociedad, los teatros y los paseos; pero el comedor de Luis Pacheco no se exponía á miradas profanas. Camila era muy aficionada á las diversiones de fuera de casa, pero odiaba molestarse en la suya, y por una aberración de su espíritu mezquino sentía que la gente y el bullicio natural en banquetes y reuniones desluciesen los muebles, estropeasen las alfombras y desarreglasen lo que bajo su dirección estaba siempre tan arregladito.

Porque Camila, cosa rara en hija única de hombre rico, tenía pequeñeces de cursi á pesar de su natural elegante y de haber sido educada por una madre muy puesta en puntos. Era orgullosa en sumo grado, y tenía en tanto su virtud y su buen nombre, que se diría fuesen las demás mujeres malas esposas y peores madres. Si alguno de sus dos hijos estaba enfermo, y Camila, cumpliendo con deberes sagrados, pasaba la noche velándolo, hacía resaltar el sacrificio y el amor maternal, asegurando que ella, sólo ella era capaz de tales abnegaciones.

Ordenó el médico que un verano fuesen las criaturas á la montaña de Santander, pero á una aldea para hacer la vida campestre, y Camila no encontraba palabras con que encomiarse. ¡Ir ella á semejante desierto! ¡Dejar San Sebastián y dejar Biarritz!.. Eso no lo hacía ninguna madre, sino Camila Flórez de Pacheco.

No dejar sus hijos con amas ni con niñeras, llevarlos ella misma á paseo, también eran virtudes suyas, exclusivamente suyas.

Y el caso era que su marido estaba penetrado de estas verdades y admiraba á Camila en su aspecto de madre sublime. También él creía que era sola, que no había otra, y vivía supeditado á la voluntad de la mujer virtuosa; pero aparte de aquella admiración nada quedaba para su mujer en el corazón de Luis.

Cuando nosotros le encontramos, él mismo lo ha dicho, acababa de perder cinco mil pesetas en el juego; no era jugador, pero una ó dos veces al mes solía dejarse comprometer por matar el aburrimiento, sólo por eso; jamás ganaba; ya sabía que no le era favorable la fortuna.

Nadie aseguraba que tuviese otros entretenimientos; ni producía escándalos, ni persona alguna hubiera podido acusarle de faltar á la fe jurada en los altares.

Si algo pudiese haber, era tan íntimo, tan recatado que no lastimaba el decoro de la esposa, ni ofendía á la sociedad con el mal ejemplo.

Luis entró en su tocador, se dejó quitar el abrigo y el frac por el ayuda de cámara, se puso un elegante batín de paño gris adornado con pasamanería azul y se encaminó al dormitorio de su esposa por un pasillo corto que comunicaba con el tocador de Camila.

En esta pieza había una luz con bombita color de rosa que daba aspecto fantástico: del mismo color estaban las paredes tapizadas. Pasó sin detenerse á un antedormitorio, y allí, despacio, como quien no quiere despertar á una persona dormida, entreabrió las cortinas para aplicar el oído: escuchó un momento y le pareció por la respiración de su esposa que ésta dormía profundamente; quiso volverse para no molestarla y tropezó con una silla.

Camila, que tenía el sueño ligero, despertó al oír el ruido y dijo un tanto sobresaltada:

— ¡Luis!

— Sí, hija, soy yo: sentí que dormías y no quería molestarte.

— ¡Sí, buen dormir te dé Dios! Luisito ha tocido toda la noche y me he levantado lo menos diez veces.

— Pero, hija, ¿por qué no se queda una doncella en el cuarto de los niños? ¿Qué necesidad tienes tú de levantarte para nada?

— Ya sabes que eso no puede ser: yo no soy como otras madres, que pueden estarse muy tranquilas mientras sus hijos andan en poder de criadas: ¿cuándo has visto tú que yo haga tal cosa?

— No digo eso, hijita; pero cuando no es más que un simple catarrito...

— Pues ni eso. ¿Qué hora es?

— Si te lo digo, me llamarás perdido y otras lindezas.

— ¿Es muy tarde entonces?

— Cerca de las cuatro y media.

— ¿Pues de dónde vienes á estas horas?

— Del Veioz.

— O de donde te dé la gana: no sé para qué te pregunto. ¡Vaya una hora de retirarse! Entretanto el padre se divierte, la madre pasando malas noches con sus hijos.

— Debes suponer que no se me podía ocurrir tal cosa habiéndoo dejado perfectamente.

— ¡Perfectamente y sabes que no he ido al Real porque estaba Luisito malo!

— ¡Malo! Cualquiera diría que me he ido yo dejándolo enfermo: me dijiste que estaba resfriado y nada más.

— Bueno, bueno; si yo no digo nada, si no me quejo porque hayas ido sin mí, si yo sé que las madres que sabemos serlo tenemos deberes que vosotros no conocéis: en fin, hijo, diviértete cuanto puedas, que á mí me tiene sin cuidado; estoy satisfecha con el amor de mis hijos; si no los tuviese á ellos, acaso me importase más; pero teniéndolos...

Camila temblaba de rabia; hubiera querido saltar de la cama y arañar á su marido por lo que ella suponía falta de consideración á sus sacrificios de madre; pero se contuvo, creyendo mortificar más á Luis con el desprecio que con los gritos.

— Es decir, dijo éste molestado con las últimas frases de su mujer, que yo no te importo y que te da igual que sea bueno ó que sea malo.

— ¡Igual!

— ¡Está bien!

Luis se encaminó al dormitorio de los niños, que comunicaba con el de Camila, los besó con cuidado para no despertarlos y volvió á salir pasando por delante de su mujer sin darle las buenas noches. En el tocador se detuvo un instante: creyó que lo llamaría: no fué así, pero oyó un ruido grande como de un mueble que se cae y supuso que se había levantado y había tirado alguno con ira.

Quiso enterarse de lo que había sido y volvió atrás: miró con disimulo separando apenas el *portier*, y como el dormitorio estaba iluminado con un globo azul que alumbraba pálidamente la estancia, vió á Camila sentada en una marquesita y poniéndose las medias con precipitación.

«¡Pobrecilla, pensó, casi tiene razón! Yo estuve en la ópera, y aunque me he aburrido, á ella no le consta: entretanto, cumplía sola los deberes que debíamos compartir; después fuí al Veloz para perder mil duros... Debo entrar, debo desenojarla.»

— Pero, hijita, ¿qué haces? ¿Te estás vistiendo?

— Sí.

— ¿Adónde vas?

— A ninguna parte; pero si vuelve á toser el niño, ya estoy vestida.



— Caballero, una limosna para mi madre, que se muere

tades ocultas con cierto ministro de Hacienda, del cual había sido Pacheco, padre, agente de Bolsa sin título oficial ni papeles sospechosos.

Cuanto el padre tuviera de avaro tenía de espléndido el hijo; el banquero Pacheco no hacía limosnas sin bombo y platillos; si se trataba de suscripciones públicas eran sus mil dures los primeros, pero que no se le ocurriese á nadie pedirle para una caridad vergonzante, como él llamaba á las que no salían en los periódicos; se sulfuraba, trataba de sablistas á los que recurrían á su caja atraídos por los encomiásticos sueltos de los periódicos, y pateando de coraje echaba malpareciendo al que osaba molestarle. Su hijo era todo lo contrario, tirando en esto un poco más á la madre, excelente mujer que jamás pudo creer que era *excelentísima señora* porque su marido lo fuese, merced á la gran cruz de Isabel la Católica. Sólo una vez apareció el nombre de doña Jesusa Sánchez de Pacheco en los papeles públicos y con la *excelencia* en letras gordas: la pobre señora acababa de morir y no podía protestar de una cosa que siempre había prohibido, temiendo á las burlas de sus antiguos vecinos de la calle Imperial. Su hijo hubiera respetado la voluntad de la madre hasta después de muerta, pero el marido y la nuera encastilláronse en que fuesen las papeletas de defunción redactadas con las generales de la ley y como á la familia convenía.

A los veinticinco años casara Pacheco á Luis, su hijo único, con una joven de veinte, guapa de veras, rica también y con saneada dote ganada por su padre, un leonés enriquecido en Cuba y trasladado á Madrid en clase de banquero y negociante.

Camila Flórez había sentido alegría verdadera al saber el marido que la destinaban, y Luis Pacheco declarara gustarle la novia y estar satisfecho con la elección de su padre.

Una muchacha de las circunstancias de Camila Flórez no podía menos de ser pretendida por muchos, y siendo Luis el preferido, claro estaba que recibía Pacheco una honra que no por ser merecida podía dejar de ser apreciada.

La pareja que hacían era envidiable. Se celebró la

- Vamos, no seas tonta y acuéstate; ahora mismo voy á llamar para que venga Manuela y...

- ¡No quiero á nadie!

- Pues me quedaré yo.

- ¡A buena hora! Tampoco te necesito.

- ¡Camila, no me contestes así, porque yo no te hablo en ese tono! Ya te he dicho otras veces que me disgustan mucho las altanerías.

- ¿Pues en qué tono quieres que te hable? ¡Pretenderás que te mime todavía!

- No pretendo nada sino que me trates como yo te estoy tratando.

- No faltaría más sino que me tratases mal.

- Si continúas así, me obligarás á ello á pesar mío.

Camila se levantó violentamente, y entrando en el cuarto de sus hijos dijo con altanería:

- ¡Después de venir á las cuatro y media, insultarme!

Luis se contuvo á pesar de sentir impulsos de entrar tras ella para preguntarle quién insultaba á quién, y sin hablar otra palabra se dirigió á su cuarto, en donde el ayuda de cámara le esperaba para desnudarle: prestamente lo hizo, y al poco rato se retiraba el sirviente dejándole acostado.

Pacheco se revolvió en la cama sin poder pegar los ojos: aquel disgustillo con su mujer, que no por ser igual á otros dejaba de molestarle, tenía por castigo de la Providencia: había desoído la voz lastimera de una desdichada que pedía pan para su madre, y tenía Luis eso por suficiente motivo para ser castigado. ¡Quién sería aquella infeliz! ¡Dónde viviría! Hubiera dado otros mil duros sobre los perdidos por saber de ella: de todos modos, no debía vivir lejos de San José. Si la necesidad y la desesperación habían lanzado á la mendiga á la calle, no se habría alejado mucho de su casa y menos á tales horas. Al día siguiente se proponía recorrer todas las casas de apariencia pobre de las cercanías de la iglesia. Sí, lo haría: el éxito era dudoso, pero buscaría hasta convencerse de que no se albergaba por allí.

Á ver si podía dormir con esta idea. Estaba nervioso, recordando á Camila y sus desplantes. ¿Qué haría? ¿Se habría vuelto á la cama? Seguramente. ¡Claro! Como que no tenía necesidad de estar levantada... Si no se había acostado, peor para ella: él no tenía la culpa, conque... Eran las seis cuando Luis Pacheco pudo conciliar el sueño: á las siete soñaba con una joven demacrada, harapienta y llorosa, que le pedía limosna: él la estrechaba entre sus brazos para consolarla y dar calor á sus miembros ateridos. A las nueve se despertó sobresaltado: Camila daba voces y Luis tiró del cordón de la campanilla.

El ayuda de cámara, interrogado por su amo, dijo que la señora reñía con toda la servidumbre.

- ¿Pero el niño está peor?

- Está muy bien: levantado y jugando.

- ¿Qué pasa entonces?

- No puedo decir al señor: un mal día para nosotros: la señora tropieza hoy con todo lo que no es de su agrado.

- Los nervios, ¿eh?

Joaquín, el ayuda de cámara, calló: era un muchacho muy prudente y bien educado, hijo de familia distinguida que había venido á menos y que no pudiendo seguir una carrera costeada por su madre viuda, estudiaba la de Aduanas, gracias á las horas que con gusto le dejaba libres su amo. Trataba éste en la intimidad á Joaquín poco menos que si fueran de igual clase: hablábale algunas veces de política, muchas de los cantantes del Real ó de las obras estrenadas, y solía

mandarlo al teatro, con lo cual daba muestras de saber apreciar cuánto valía aquel joven que á costa de tantos sacrificios seguía una carrera y enviaba á su madre la mayor parte de su salario. Joaquín sentía adoración por su amo: hubiera dado la vida por él si necesario fuese; y aunque respetaba á la señora y la quería por ser quien era, seguramente que ni un mes la hubiese resistido si á su servicio le destinasen. Era buena, sí: no se la podía llamar mala; tenía cualidades no comunes á las mujeres de su posición general, pero le faltaba algo también para Joaquín, y aunque Dios le librase de comunicárselo á nadie, comprendía que le faltaba grandeza de alma, aquel *pensar alto* que su propio marido echaba de menos. Cuanto bueno hacía era cacareado por ella á falta de otras personas que lo cacareasen. No dejaba de ser orgullosa; activa y egoísta para las contemplaciones y los halagos.

Nada, absolutamente nada había podido inculcarle su marido de aquellas emanaciones generosas que de sus acciones y de su sentir se desprendían.

- Conque la señora se ha levantado con nervios, ¿no es eso, Joaquín?

El muchacho sonrió respetuosamente mirando al señor, pero no contestó nada.

- No; si puedes decirme lo que te parece; vamos, ¿qué crees tú que tiene?

- Al parecer ha dormido mal: se ha levantado á las siete, y como no acostumbra madrugar no se encuentra bien: eso he supuesto yo.

- Eres un caballero en toda la extensión de la palabra, querido Joaquín: criterios y corazones como el

tuyo son los que yo busco. Seguramente has sido uno de los maltratados por los nervios de la señora, y la disculpas sin embargo. ¡Si todos tuviesen la grandeza de tu alma!

- La señora no se ha metido conmigo.

- No te creo: reñir á los demás y dejarte á ti... no puede ser. ¿Acaso no conoces tú y no conozco yo que te tiene entre ojos?.. Dice que yo te quiero mucho y no le falta razón; ¿pero por qué ha de ser esto motivo para que ella no te quiera? Estas, estas pequeñeces son las que amargan mi vida.

- La señora quiere mucho al señor, y yo disculpo el egoísmo que se basa en el amor.

- Tú lo disculpas todo, porque tienes criterio y espíritu elevado, y cuanto más me convenzo de ello más te quiero. Si en lugar de ser un hombre, querido Joaquín, fueses una mujer, ¡pobre Camila, pobres de mis hijos y pobre de mí!

- Yo le ruego al señor que no diga eso y menos que lo piense: la señora es buena, virtuosa, le ama, adora á sus hijos...

- Sí, sí, tienes razón, posee esas cualidades; pero ¡ay, Joaquín!, en ella no son virtudes.

Pacheco calló arrugando el ceño, y el ayuda de cámara se entretuvo arreglando algunas cositas para hacer tiempo antes de preguntar:

- ¿No quiere el señor dormir otra horita? ¿No le parece temprano para levantarse?

- No: me voy á vestir: prepárame traje de mañana y capa.

(Continuará)



- Pero, hijita, ¿qué haces? ¿Te estás vistiendo?

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINA DE VAPOR DOMÉSTICA, DE PETRÓLEO

Los motores de petróleo tienen la gran ventaja de no exigir sino un combustible de fácil adquisición y de uso cómodo; pero en su funcionamiento presen-

proporción inversa á la presión de la caldera, y cuando se llega á la presión máxima el regulador de vapor puede hasta suprimir por completo la llegada de éste, resultando de aquí que la presión sigue siendo constante y que no hay que temer explosión ni gasto inútil de combustible. Un pequeño depósito de esencia H sirve para alimentar una mecha de alumbrado,

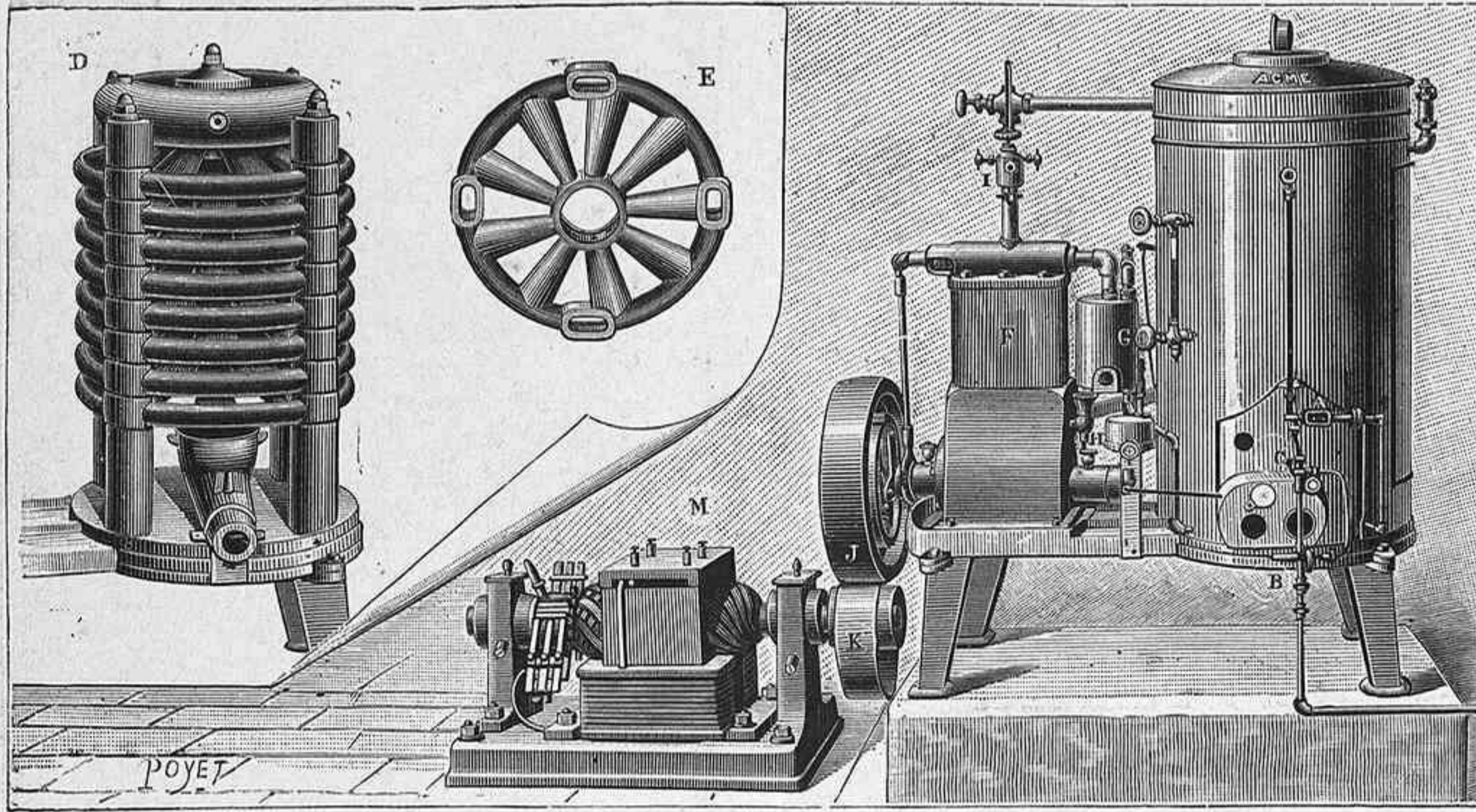


Fig. 1. Vista en conjunto del motor doméstico que pone en movimiento una máquina dinamo Rechinewski. Detalles de la caldera calentada con petróleo

tan ciertas dificultades y bajo otros conceptos además dejan también que desear.

Un inventor americano, Mr. Rochester, ha procurado combinar un motor en el cual se utilizan las propiedades del vapor de agua y las ventajas del petróleo como combustible, y ha construido un pequeño motor doméstico que la figura 1 reproduce y cuya descripción vamos á hacer.

El aparato, en su conjunto, consta de una caldera y de un motor: nuestro dibujo reproduce el volante J del motor accionando directamente por fricción y mediante una correa intercalada K una dinamo Rechinewski de escasa potencia. La caldera está formada por una serie de elementos tubulares de acero sobrepuestos, como se ve en la figura D del detalle, uno de cuyos elementos reproduce la figura E. Todos estos tubos están unidos entre sí y en la parte inferior está el mechero. La caldera va provista de una doble cubierta para evitar las pérdidas de calor por irradiación, y una cúpula situada en la parte superior de la misma permite recoger el vapor seco.

El combustible está constituido por aceite de petróleo que llega á la mecha por un tubo B de un depósito colocado cerca de la caldera: este petróleo es pulverizado por medio de un chorro de vapor tomado en la parte superior de la caldera. En cada uno de los conductos de vapor y de petróleo hay regula-

en la cual se inflama el petróleo pulverizado á medida que es proyectado en el hogar.

El agua de alimentación llega á la caldera por medio de una pequeña bomba movida por el mismo árbol del motor: esta bomba, que no se ve en nuestro grabado, empuja el agua hacia un calentador de serpentina G, alrededor del cual circula el vapor de escape antes de salir fuera. Un flotador F (fig. 2) regula automáticamente por medio de una transmisión la llegada del agua, de manera que se mantenga siempre el mismo nivel en la caldera. El agua así calentada pasa á la base del hogar por un conducto que se distingue en la figura 1. El vapor al salir de la caldera llega por un tubo de admisión I al motor F (fig. 1), el cual está construido según los principios de la máquina Westinghouse y es de dos cilindros, de efecto simple. En el bastidor de la máquina hay una cámara cerrada en la cual las bielas se sumergen á cada vuelta en el aceite. El volante J va provisto de un regulador de fuerza centrífuga que obra sobre la admisión y que impide todo escape de velocidad superior al 2 por 100.

El consumo medio de combustible de estos motores es, según los datos facilitados por los depositarios que la compañía tiene en Francia, los señores Rogers y Boulte, de 1'70 litros por caballo-hora, y como el petróleo que se usa vale unos 30 francos los 100 kilogramos, el precio de cada caballo-hora no excede de cuarenta céntimos. Las potencias de los motores varían de 0'5 á 4 caballos y la velocidad angular varía entre 500 y 350 vueltas en el modelo de 0'5 caballos y de 300 á 500 en el de 4. Los pesos del conjunto son respectivamente de 80 y 500 kilogramos para esas dos potencias límites. El mismo motor puede funcionar con gas á razón de 1'5 metros cúbicos por caballo-hora.

Finalmente hay que tener en cuenta que este motor no produce polvo, ni ceniza, ni humo y que requiere poca vigilancia.

Creemos que esta máquina de vapor doméstica podrá prestar servicios siempre que se necesite una fuerza motriz de poca potencia, económica y práctica. Este motor es muy usado en los Estados Unidos para los trabajos de granjas, para los pequeños alumbrados eléctricos, en los talleres de aserrar, en las imprentas y aun entre los carniceros que mueven con él las grandes cuchillas de cortar carne. Las lecherías lo usan también para poner en movimiento las mantequeras y los drogueros para hacer funcionar los molinillos de café. Muchos de estos industriales utilizan el vapor de escape para varias calefacciones.

Hay también un modelo especial de cambio de marcha que se presta perfectamente á la navegación de recreo y que puede funcionar á gran velocidad sin comunicar á la lancha ninguna trepidación.

La presión calculada es de 5'5 kilogramos por centímetro cuadrado, pero en caso necesario puede llegar hasta 9 y 10 kilogramos sin peligro alguno.

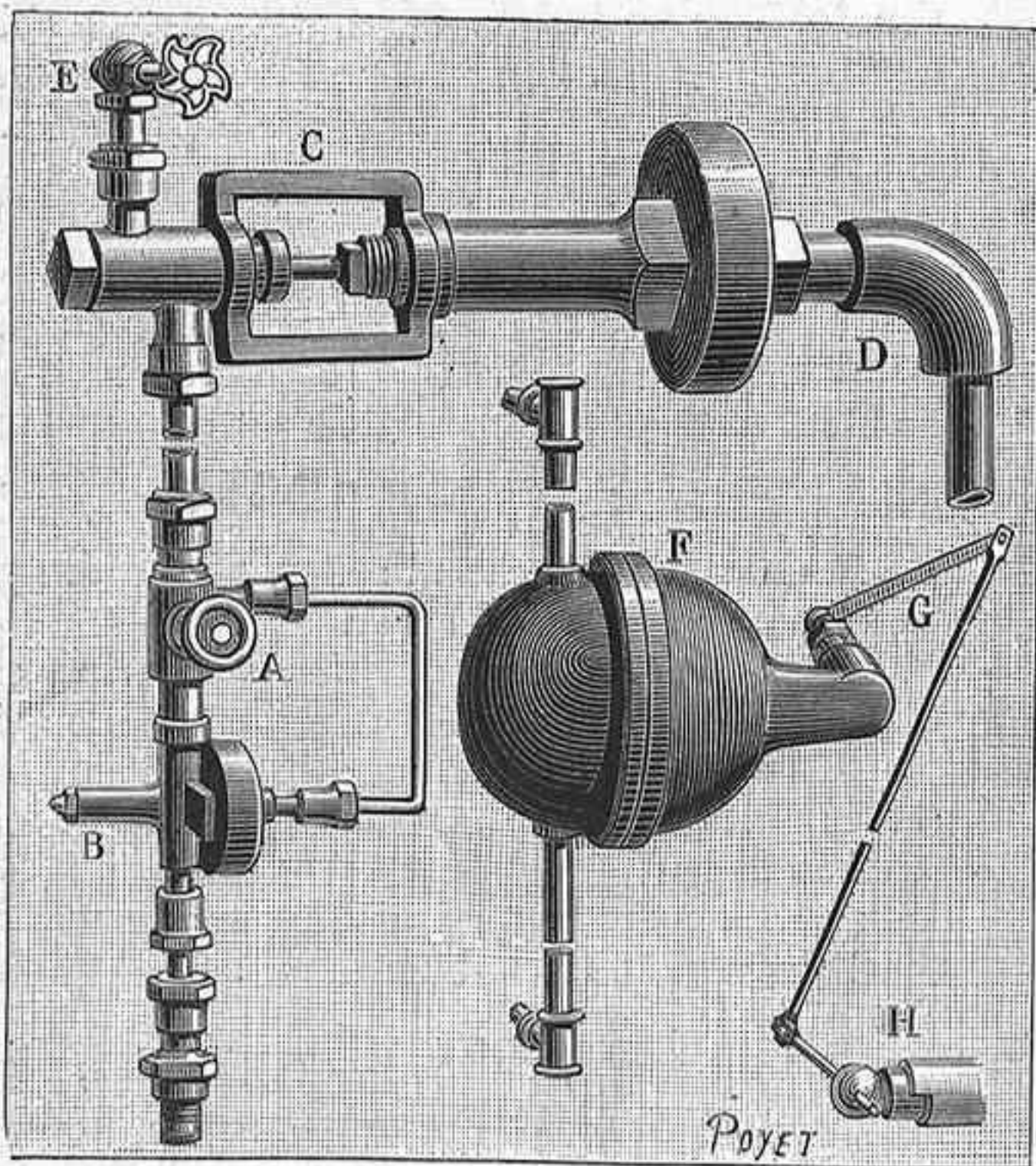


Fig. 2. Diversos reguladores. AB, regulador de llegada de petróleo; ECD, regulador de llegada de vapor; FGH, flotador regulador de llegada del agua de alimentación.

dores de membrana metálica cuyos detalles indica la figura 2: estos reguladores obran sobre una membrana que abre ó cierra el conducto de llegada en una

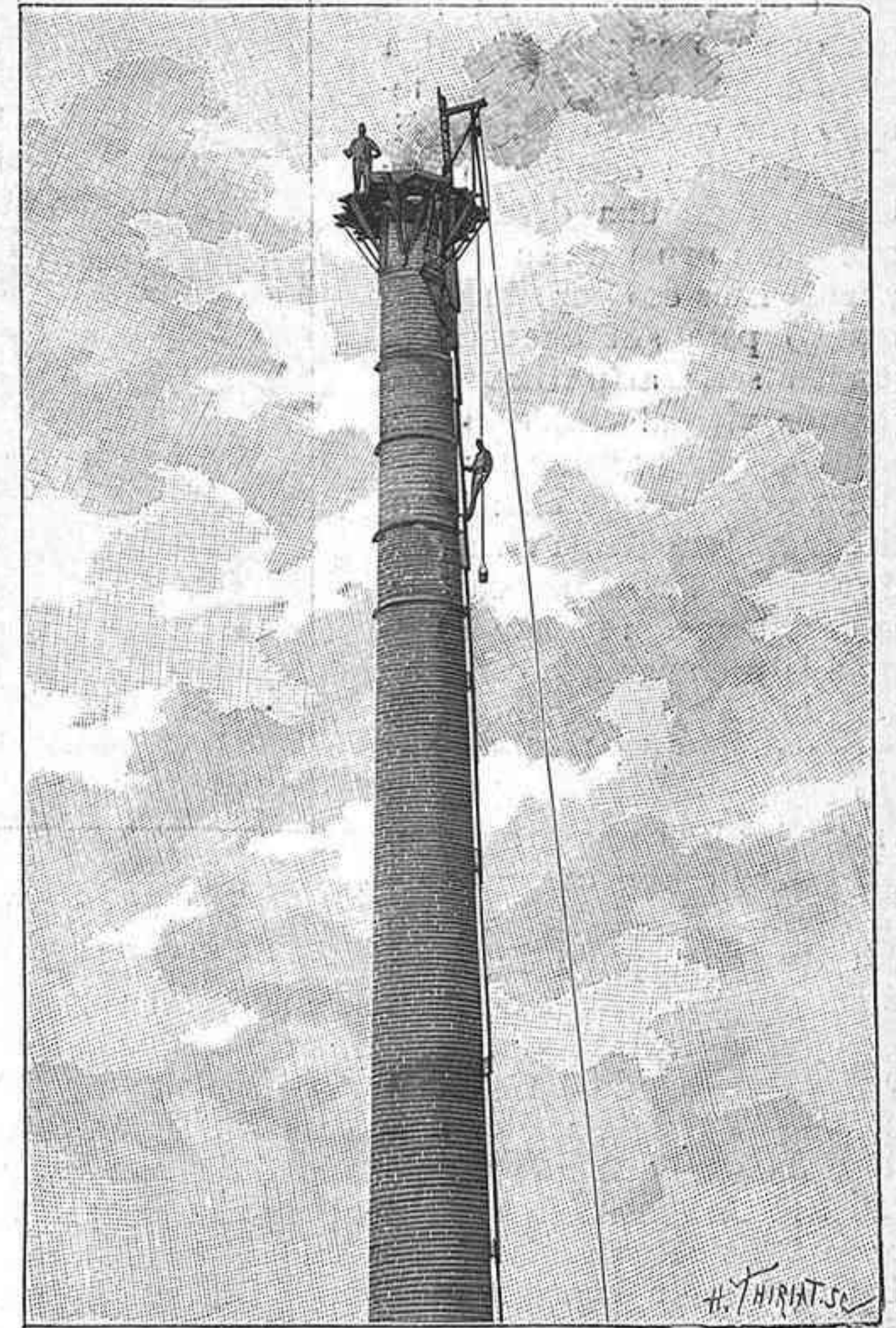
ELEVACIÓN DE UNA CHIMENEA SIN APAGAR LOS FUEGOS Y SIN PREVIO ANDAMIAJE

Hace poco se ha llevado á cabo en Nancy, en los talleres de hilado y tejido de los hijos de Manuel Lang, en Bonsecours, una operación muy curiosa y digna de ser consignada.

Una chimenea de treinta metros de altura no tenía tiro bastante para las calderas de vapor cuya fuerza se había duplicado para tener una fuerza motriz más considerable; era, pues, preciso ó bien construir una nueva chimenea al lado de la antigua ó parar la fabricación durante ocho días para aumentar la altura de la existente en unos diez metros. Una y otra solución debían ser muy onerosas y no se sabía á cuál inclinarse, cuando un ingeniero dió á conocer á los propietarios de la fábrica el sistema sumamente práctico que para esta clase de trabajos empleaba un contratista alemán, Augusto Bartling, de Bernburg (Anhalt), sistema que vamos á explicar.

Ayudado por un compañero, el señor Bartling empieza por aplicar contra las paredes y sobre la cornisa del basamento ó zócalo de la chimenea una primera escalera que fija allí introduciendo entre dos ó tres juntas de ladrillos tres garfios de hierro encorvados, uno en la base, otro en el centro de la escalera y el tercero en el último escalón: sobre este último garfio apoya una nueva escalera que fija en las paredes de la chimenea, como la anterior, por medio de algunos ganchos de hierro hundidos por debajo de un peldaño en una junta del enladrillado, y así sucesivamente. Cuando este andamiaje de escalera llega á lo alto de la chimenea, establecen en él una polea simplemente fijada en una escuadra de madera que se clava al extremo de la última escalera: esta polea sirve para subir materiales.

Pero antes de elevar la chimenea es preciso quitarle la cornisa en que termina, trabajo que en un día realizan aquellos dos hombres. Para ello preparan de



Trabajos de elevación de una chimenea de fábrica

antemano semicírculos de hierro que se aparean de dos en dos por medio de pernos, formando de esta suerte coronas del mismo diámetro que la chimenea; fijan el primer círculo debajo de la primera moldura de la cornisa y suspenden de él varios garfios encorvados en forma de S y en éstos escuadras de madera sobre las cuales colocan simplemente una tabla de dos en dos escuadras alrededor de la chimenea: estas tablas se unen por medio de algunos clavos. El grabado que publicamos, tomado de una fotografía, da á comprender mejor que cualquier explicación lo atrevido y sencillo de ese andamiaje, en el que no hay ni una cuerda que sirva de baranda y subidos en el cual aquellos dos hombres armados con la piqueta van separando las capas de ladrillo y cogiendo los materiales arrancados los arrojan al espacio. Es un espectáculo aterrador.

Una vez derruido de este modo el capitel de la chimenea fué preciso comenzar la elevación de la misma. La polea fijada en lo alto de la última escale-

J. LAFARGUE

ra sirvió para subir el mortero y los ladrillos: un albañil por aquellos dos trabajadores contratado hacía maniobrar la cabria de abajo, cargaba los cubos y los subía. Era entonces curioso ver á los dos hombres de pie delante del orificio de aquella chimenea, que no cesaba de vomitar gases y humos, echando tranquilamente paletadas de mortero sobre la hilada de ladrillos ya colocada, poniendo otra encima y dando continuamente vueltas alrededor de su frágil andamio.

Cuando hubieron elevado de este modo su construcción en 1'50 metros, fijaron sobre esta parte fresca todavía un nuevo cinturón de hierro fuertemente apretado por medio de tuercas, y suspendían de él, como en el primero, garfios en S para apoyar nuevamente una por una las escuadras de debajo de ellos y elevar su andamio.

Y cada día la altura de la chimenea aumentaba de un metro á 1'50. Ocho días después la obra quedaba terminada, el pararrayos otra vez en su sitio, el andamio desmontado y las escaleras de acceso retiradas. Esta chimenea es la primera construída en Francia según este sistema, pero en Alemania y en Alsacia hay muchas, entre ellas las de las fábricas de productos químicos de Thann y de la Compañía del gas de Mulhouse.

A. BERGERET

(De La Nature)

CULTIVO DE LA COCA

Desde que se ha aislado el alcaloide de la coca (*Erythroxylon Coca*) y que la medicina utiliza su acción anestésica sobre las mucosas, ha aumentado mucho el pedido de esa substancia, y de aquí que el cultivo del arbusto se extienda rápidamente en muchos grados de latitud á lo largo de los Andes, desde Nueva Granada hasta Bolivia.

El verdadero indigenato de la coca no se determinó hasta que aclaró la cuestión A. de Candolle, quien en su *Origen de las plantas cultivadas* demuestra que aquella planta es indígena de Nueva Granada y del Perú.

El método generalmente seguido, desde que en las Cordilleras se vuelve á explotar la coca, que ya se explotaba en el Perú en tiempo de los incas, apenas difiere de los antiguos procedimientos. Aunque el arbusto es originario de *tierra caliente*, la altura más favorable para el cultivo del mismo es la de 1.000 á 2.000 metros. La multiplicación se hace por medio de granos que se siembran en agosto en pequeñas cajas, y en el verano siguiente los plantones son trasladados á los bancales, espaciándolos de metro en metro, expuestos al sol y á su tiempo binados y sachados. El suelo ha sido previamente cavado, pero no abonado, y cuando los arbustos están agotados son substituídos por otros. Según la fertilidad del

suelo, los arbustos alcanzan una altura normal de uno á dos metros, muy inferior á la que tienen en estado silvestre, pero se limita así para conservar la cosecha de hojas. La recolección la hacen mujeres que proceden á ella tres veces al año, á principios de enero, por San Juan y por Todos los Santos, arrancando las hojas una á una, excepto las del extremo de las ramas. Las mejores hojas son de un color verde oscuro y tienen dos surcos longitudinales en el limbo de cada lado del nervio mediano que distinguen la verdadera coca de las demás especies del género *Erythroxylon*. Las hojas son luego extendidas sobre una era de piedras que formen una superficie muy unida y expuestas al sol: allí se secan colocándolas en capas delgadas y volviéndolas de cuando en cuando con un rastrillo; para esta operación bastan tres ó cuatro horas. El tiempo brumoso y húmedo perjudica á la mercancía. Una vez secas las hojas son comprimidas en prensas de madera, como paquetes de tabaco, y se forman con ellas balas de 25 libras dos de las cuales unidas constituyen un *tambor*. En esta forma la mercancía es expedida á la costa, envuelta en encerados si el tiempo está lluvioso, y desde allí remitida á Europa para ser entregada al comercio.

E. ANDRÉ

(De La Revue horticole)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para é mezclada con agua, limpia
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
y conserva el cutis limpio y sano

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

Gragoas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTE
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empebramiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Gragoas de BERGOTINA BONJEAN
NEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Gragoas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sares PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIQOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS
Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empebramiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en oajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



UN RECLUTA POR FUERZA, dibujo de J. H. Roberts

APIOL
de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las *Epocas*, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{ers} LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. - La caja: 1 fr. 30.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{te} CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, éste no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exijase la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^{te} FRANCK

Querido enfermo. - Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. - Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS
El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN